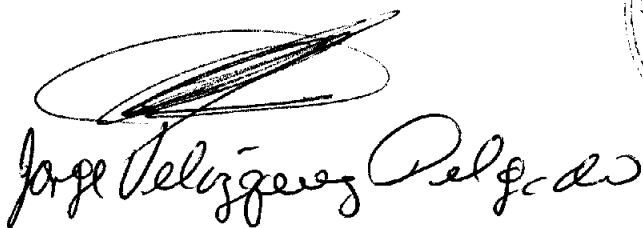


**LA POSIBILIDAD DEL INDIVIDUO KIERKERGAARDIANO EN NUESTRAS
SOCIEDADES MODERNAS.**

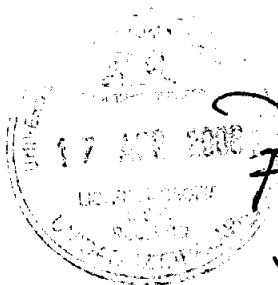
Fabricio Herrera Tovar

Anabell Vargas Bocanegra

Sinodal de Tesina: Profesor Francisco Piñón Gaytán.
Lector de Tesina: Profesor Jorge Velázquez



Jorge Velázquez



Francisco Piñón
Francisco Piñón G.
Vo Bo J. Fernández

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
IZTAPALAPA

MÉXICO DF A 16 DE FEBRERO DEL 2006

**LA POSIBILIDAD DEL INDIVIDUO KIERKGAARDIANO EN
NUESTRAS SOCIEDADES MODERNAS.**

Fabricio Herrera Tovar

Anabell Vargas Bocanegra

Sinodal de Tesina: Profesor Francisco Piñón Gaytán.
Lector de Tesina: Profesor Jorge Velázquez

**UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
IZTAPALAPA**

INDICE

PREFACIO

Introducción	1
Definición y características del existencialismo, vida y obra de Kierkegaard.	
-Definición del existencialismo.	5
-Breve esbozo sobre el origen del existencialismo.	7
-Existencialismo kierkegaardiano.	9
-Sören Aabye Kierkegaard. Vida.	11
-Obras.	16
Surgimiento del individuo kierkegaardiano en respuesta Al contexto ideológico prevaleciente.	17
-Características generales del idealismo hegeliano:	
Idea del sistema.	18
-La filosofía de la historia de Hegel.	22
-El individuo kierkegaardiano en el contexto del hegelianismo y la Revolución Industrial.	24
El hombre a través de la experiencia de la vida.	31
De si existe la posibilidad de que el hombre de nuestras sociedades modernas sienta angustia.	42
La Interioridad contra la Exterioridad	57
Conclusión.	69

Un minuto bajo el agua

TEXTO: ARI VOLOVICH

El estado hace del individuo una frontera, forjándolo con el tiempo a base de esquizofrénicos conceptos de identidad. Por eso es que los nacionalistas –psicópatas vigilantes de banderas- siempre muestran un dejo de limitación en su mirada. Misma que me ha quitado el sueño en más de una ocasión, cuando mi otredad se ve agudizada por el sacapuntas de la cotidianeidad.

Se nos ha asignado una geografía para trazar nuestra silueta y poder señalar los síntomas de nuestra anatomía folklórica en lugar de nuestra propia psique; para explicar la magnífica complejidad de nuestro ser con números y gráficos que dibujan nuestras sonrisas descompuestas en las estadísticas anuales. Nuestra identidad es tan frágil como nuestras certezas. Nuestros valores tan peligrosos como la naftalina. Me gustaría ver los rostros inmortalizados de las estatuas marcados por la duda en vez de la convicción ¿Qué mejor ejemplo a seguir? Las palomas abandonarían nuestros parques para siempre, los perros meditarían antes de esparcir sus deshechos ante nuestros pies. Lo que es seguro es que los burócratas están ganando la batalla desde sus trincheras de plástico, formateando nuestro espíritu hasta incinerarlo en tinta.

Somos pocos los que pertenecemos a la resistencia de los desterrados. Los que nos hemos vuelto daltónicos frente al ondeo de las banderas y los desfiles militares, para quedarnos con el descontento y la inconformidad como símbolos únicos de una patria que reconocemos por las arritmias compartidas, por el insomnio uniformado que habita nuestras recámaras vacías. Vivimos en las salas de espera de los aeropuertos. Somos exiliados stand by por excelencia, los huérfanos del mapa. Nos reconocemos en las cafeterías y en los bares, sentados frente a espejos que multiplican la soledad en nuestras córneas cicatrizadas. ¡ah! La simpatía que siento por el mar: esa placenta aromática que marca el fin de la civilización, el fin del irremediable desborde humano. Llevo más de un minuto bajo el agua. Me encantaría quedarme aquí, al menos hasta que todo termine; pero el instinto de supervivencia –ese chip integrado: cortesía de la casa- desobedece mis intenciones forzándome a salir a la superficie, derrotado por mis propias fronteras.

Another clamato please, le pido al mesero.

-¿Qué?- contesta, preguntando con un acento que irrita mi tímpano.

Malditos extranjeros, resoplo antes de volver a sumergirme

ARI VOLOVICH

Israel, 1974. Escritor y periodista.

Trabaja en un libro de crónicas sobre Medio Oriente.

INTRODUCCIÓN.

Primeramente, para poder dar marcha hacia adelante a este trabajo, será necesario hacer una delimitación acerca del título.

Todos formamos parte de una sociedad de hombres y mujeres, y esto sucede desde que el hombre se da cuenta de que sólo, perecería en su intento por encontrar los satisfactores más indispensables. Así el hombre decide socializar con otros hombres y formar parte de un grupo, de una sociedad. De esta manera, conforme las sociedades van evolucionando, haciéndose cada vez más complejas, elaborando reglas, normas, instituciones, planes de desarrollo, también van organizando a sus miembros de acuerdo a los requerimientos que tal evolución exige que sean cumplidos. El hombre adopta el papel que le es impuesto, el que tiene que llevar a cabo conforme a las necesidades de la sociedad a la que pertenece.

El problema surge cuando este papel que le toca desempeñar al hombre en la sociedad, sobrepasa todas las expectativas humanas, aplasta cualquier decisión propia que pudiera contrariar a la sociedad y de esta manera envuelve al hombre quitándole su libre albedrío, impidiendo que conozca más potencialidades que las que se le exige que desarrolle, así, impidiendo que conozca su propia libertad.

Por supuesto que estamos concientes de que la situación caótica en la que el pensamiento del hombre se ha encerrado, no es propia ni exclusiva de

nuestra sociedad hoy en día, es decir, nuestra sociedad de finales del siglo XX y principios del siglo XXI.

También es importante delimitar, para efectos del presente trabajo, el término “nuestras sociedades modernas”, haciendo énfasis a que no nos estamos refiriendo a la totalidad de países y culturas que compartimos el planeta, sino que nos referimos específicamente a nuestra sociedad, la mexicana, junto, en algunas ocasiones, con la sociedad moderna de la que habló Kierkegaard. Esto se debe a que nuestro trabajo está enfocado a la situación transformadora y amenazante que le ha tocado vivir al hombre a partir de la Revolución Industrial, luego la Revolución Tecnológica, la acción devastadora de la civilización sobre la naturaleza, el progreso que convirtió al hombre en un ser acumulativo y por último un transeúnte de la globalización. Lapso que comúnmente es denominado, época moderna.

Cuando hablamos de la posibilidad del individuo kierkegaardiano, nos referimos precisamente a si es posible hoy en día, a partir de las condiciones sociales, económicas, políticas y religiosas que ocurren, que una persona pueda convertir su vida superficial, en una existencia real, tal como Kierkegaard lo plantea a lo largo de sus obras bibliográficas. Pero más que preguntarnos si tal persona puede lograr tal empresa, nos preguntamos si en verdad es concebible para alguien, que acostumbrado a vivir en nuestra sociedad, con los alcances de “progreso y civilización” que se han logrado a través de la industria, tecnología, ciencias y globalización económica, abandonar cierto modo de vida y convertirse en un individuo, tornarse libre, alcanzar la verdad.

Hasta antes de la Revolución Industrial, la concepción que de sí mismo tenía el hombre, era de dominador, dominador de la naturaleza, dueño de sus actos y de las consecuencias de sus actos, la tierra era la base no solo de su economía, sino también de su cultura, de su estructura familiar, de su vida completa. Con la Revolución Industrial la condición humana da un giro de 360 grados, donde se transforma de dominante en dominado, donde ya

no es dueño de sus actos, antes bien, sus actos son ya planeados por otros, dirigidos hacia la optimización de la productividad. Su trabajo ya no produce beneficio para sí y para los suyos, su trabajo ya no le pertenece, como no le pertenecen sus anhelos ni sus esperanzas, que se ven obligadas a desaparecer.

Bajo esta perspectiva, mientras el incesante desarrollo de las fuerzas económicas, industriales y tecnológicas continúa cada vez a pasos más acelerados, podemos situar al individuo kierkergaardiano en una posición verdaderamente difícil. El hombre de hoy en día, encuentra que es preciso mirar hacia afuera, hacia el contexto económico que determina nuestro andar, no hay tiempo, no hay necesidad de mirar hacia adentro ¿cómo podría ser posible un individuo, tal como lo planea Kierkergaard, en estas condiciones?

Vemos que nuestras sociedades modernas, con todo el progreso que a partir de la Revolución Industrial han alcanzado, no han dado una mirada hacia atrás, hacia toda la masa de hombres que descobijados en su alma, se han transformado de hombres en autómatas, en pseudo hombres, porque han dejado de lado todo aquello que embellece el concepto de hombre, que lo caracteriza y lo realza por encima de todos los demás seres.

A la par que la vida cotidiana se ha vuelto mucho más sencilla, que las comodidades han invadido nuestros hogares, que el trabajo físico ha sido simplificado cada vez más, el trabajo intelectual ha ido cambiando, el pensamiento especulativo abstracto se vuelve inútil para el grueso de la sociedad, los gobiernos exigen reflexiones que brinden una correspondencia entre la sociedad y los hombres. Que aligeren ese abismo, -como el que experimentó Kierkergaard-, entre las máquinas productivas, políticas y sociales con el hombre.

Finalmente, el hombre ya se encuentra aquí, ahora de nada vale lamentaciones, el progreso, las nuevas civilizaciones tecnológicas continúan

su curso, el hombre debe continuar también, pero ¿será posible continuar tan alejado de nuestra esencia, de la condición verdaderamente humana que deberíamos defender a capa y espada? ¿será posible continuar negando nuestras más valiosas capacidades?

El conflicto es difícil de salvar, pero el conflicto más difícil es el conflicto que dentro de cada conciencia podría surgir. El hombre puede volverse y ser conciente de su individualidad, podría lograrlo, por supuesto, pero el conflicto no será fácil de resolver. Por ahora, lo más difícil será que el hombre llegue al momento crucial de encontrarse en tal conflicto.

En ese sentido, a partir de la Revolución Industrial se creó un sistema que uniformó no solamente a los hombres y al trabajo de los hombres, sino que uniformó sus valores, sus deseos, por lo que es hoy en día labor titánica, desarraigar, deshomogenizar nuestras expectativas, y ver en otra manera de vivir, una vida digna de ser vivida, independientemente de la aprobación o desaprobación del sistema.

Hay un ambiente de conformidad, de falso progreso del hombre, cuando encierra todas sus expectativas en la acumulación, en la razón productiva, en el éxito económico y reconocimiento social. Pero es una conformidad confundida, entendida como progreso, como crecimiento. Con lo anterior nos damos cuenta que en las sociedades modernas la condición humana se manifiesta de diferentes maneras, rompiendo generalmente con el dominio de lo racional en aras de la cuantificación y un proyecto de vida acorde al sistema.

Este título, como vemos, es un título pretencioso porque tal como lo abordaremos en alguna parte del desarrollo de este trabajo, logra incomodarnos a quienes sinceramente aceptamos pertenecer a este sistema social, con valores comunes, instituciones y normas jurídicas que nos representan.

Y sin embargo, con toda la incomodidad que nos causa, no podemos menos que reconocer la grandeza de la propuesta Kierkegaardiana, reconocer la

necesidad de retomar nuestra naturaleza humana, nuestra libertad, la verdad.

DEFINICIÓN Y CARACTERÍSTICAS DEL EXISTENCIALISMO, VIDA Y OBRA DE KIERKERGAARD

DEFINICIÓN DEL EXISTENCIALISMO.

Etimológicamente proviene de los vocablos latinos *Ex–sistere*, *existentia*, que significan "lo que está ahí", "lo que es". También *ex–sistit*, que es "lo que está afuera"; así, la existencia es equiparable a la realidad, lo que está "Ex" de la cosa que es.

El existencialismo, es una corriente que resalta la relación del hombre con el mundo, donde el hombre parte de sí mismo y de su conocimiento, para posteriormente conocer el mundo, para vivirlo, para transitarlo y para experimentarlo. El existencialismo parte del hombre, pero en su relación con el mundo, nunca como alma pura, ni conciencia pura, ni yo puro, ni espíritu puro. Además, nunca parte del hombre como una mezcla o como un todo, es decir, parte del hombre individualizado del contexto, no revuelto en un contexto en el que no se vislumbran sus límites. Así, es para el existencialismo importante ver al hombre en su relación con el mundo, pero bien marcados sus límites, tanto del hombre, como del mundo en el que vive.

Por tal motivo, la tendencia existencialista se encuentra en franca oposición a todas las demás tendencias o filosofías que estén fundamentadas en sistemas o que pretendan sistematizar teóricamente la concepción y la vida del hombre. Para el existencialismo, lo más relevante es concebir al hombre en un proceso que es su vida, desde su propia

perspectiva, no tratar de teorizar, como si el hombre fuera algo ya terminado del que se puede decir lo que es. El hombre es en la medida que existe, que va existiendo, que va viviendo y se va haciendo a sí mismo.

El existencialismo es una de las corrientes filosóficas más importantes del siglo XIX, tiene sus raíces en pensadores como J.P. Sartre, M. Heidegger, G. Marcel y Sören Kierkegaard, éste último en quien nos centraremos para realizar un análisis y una proyección hacia nuestra sociedad actual, de su posición sobre la angustia, sobre la libertad y la búsqueda de nuevas alternativas de vida para el hombre.

Se denomina existencialismo a una serie de doctrinas filosóficas que, aunque suelen diferir radicalmente en muchos puntos, coinciden en considerar que es la existencia del ser humano, el ser libre, la que define su esencia, en lugar de ser su esencia humana la que determina su existencia. Y en este punto cabe hacer una consideración, siguiendo el pensamiento kierkegaardiano, es verdaderamente la esencia humana la que determina su existencia, en la medida que la esencia humana es precisamente su libertad. ¿A qué nos referimos con tal aseveración? Kierkegaard maneja que cuando el hombre voltea hacia sí mismo, hace un ejercicio de autoconciencia, de autoreflexión, logra darse cuenta de sus posibilidades, de su libertad, y es esta libertad la que lo vuelve existente, puesto que es él mismo el que determina su camino, su elección ante la vida.

BREVE ESBOZO SOBRE EL ORIGEN DEL EXISTENCIALISMO

El existencialismo moderno surgió en Europa cuando las grandes transformaciones provenientes de la Revolución Industrial, la ponen en una gran crisis política, social y económica. En este momento, como sabemos, los talleres artesanales son sustituidos por grandes industrias en donde la maquinaria desplaza a la mano de obra humana, y los campesinos propietarios no solo de sus tierras y de su destino, son despojados de todo, y obligados a vender su mano de obra y su propia existencia, a cambio de los más mínimos satisfactores materiales que le permitieran subsistir a él y a su familia.

Es sencillo imaginar cómo esta situación de crisis social, fue transformando los intereses del hombre, y orillándolo a un destino superficial y homogenizado, donde las diferencias no solo no cuentan, sino que constituyen un peligro para la organización política y económica que ahora lo representa. Por supuesto que no es exclusivo de esta época revolucionaria en Europa, el que la parte racional, conciente, libre del hombre se encuentre amenazada y aplastada; ciertamente en todo momento y en toda época, el hombre que desea, en contra de la corriente, exaltar, desarrollar su naturaleza racional y humana, se ha encontrado

profundamente sólo e incomprendido, y ha tenido que sortear múltiples rechazos, críticas, incomprensiones y hasta opresiones de cualquier tipo.

Pero la verdadera naturaleza del hombre, la que lo hace resaltar, la que lo debe enorgullecer por encima de cualquier otro ser viviente que se encuentre sobre la faz de la Tierra, esa naturaleza oprimida, sigue latente, sigue viva en capacidad, y en algún momento de la vida de cada quien, esperamos, tal vez ingenuamente, despertará y nos hará concientes de nuestras inmensas capacidades, para tal vez, solo tal vez, decidir una transformación en nuestra vida que nos vuelva cada vez mejores seres humanos.

En fin, decíamos que el contexto histórico en el que aparece el existencialismo, esta crisis que impregna todo el ambiente social, en que las luchas entre intereses encontrados, y el arrebatamiento de las posibilidades individuales de sobrevivencia de los artesanos, amenazan al hombre en su individualidad, en su realidad concreta, este contexto no solo hace aparecer grupos humanos amorfos y hombres cuyos intereses y pensamientos ya no son propios; sino que también hace aparecer estas nuevas tendencias, como la filosofía hegeliana pero también el existencialismo que pone de relieve la necesidad de reencontrar al hombre con su yo interno, para que se reconozca, se defina y delimite de un sistema que lo ha absorbido y lo desdibuja cada vez más, de ahí su énfasis fundamental en la soledad del individuo, en la imposibilidad de encontrar la verdad por medio de una decisión intelectual, y en el carácter irremediabilmente personal y subjetivo de la vida humana.

EXISTENCIALISMO KIERKERGAARDIANO.

Como vemos, es inevitable abordar un tema como el existencialismo, particularmente el existencialismo kierkergaardiano, sin volver a caer una y otra vez en la lucha constante entre éste y las filosofías sistemáticas, que no solo pretenden explicar la naturaleza humana, sus posibilidades y sus alcances en una teoría que lo encierra todo, sino que proponen, tal como si el hombre fuera predecible, guiarlo, arrearlo para que en un futuro, no busque más camino que el que ya está escrito, eliminando así su libre albedrío.

Para Kierkergaard, por el contrario el hombre es una realidad completa que con conciencia y libertad, está en búsqueda constante, cuyo destino es hacerse y realizarse en medio de múltiples contradicciones de su propia vivencia. El hombre, cuando se sabe capaz de elegir, cuando se vuelve hacia sí mismo y el conocimiento de sí lo torna libre, puede tomar el timón de su vida, y ser ya no un pasajero del barco, que se deja llevar por la dirección y velocidad que le impone el sistema de poleas, de combustión, y hasta el sistema marítimo, sino que como decíamos, toma el timón, decide la dirección, la velocidad, el momento, el riesgo, y el destino al que quiere llegar.

El hombre se vuelve protagonista en el momento en que ha llevado su vida a un punto en que el que ya no quiere permanecer más, en el que dado un conocimiento exhaustivo de su vida, ha decidido emprender otra dirección,

lo cual le engendra una incertidumbre y una angustia frente al absurdo, al posible fracaso, a lo misterioso y a lo inexplicable de su nuevo destino.

Hemos esbozado de manera muy somera, el existencialismo kierkegaardiano, pretendiendo de esta manera asentar las bases primordiales sobre las cuales se desarrolle nuestro trabajo, y así, poder llegar en el momento preciso, a la extrapolación que quisiéramos hacer hacia el hombre actual: el hombre de hoy, el que conocemos porque lo vivimos, aquel que vive aquí, hoy, a principios del siglo XXI, en nuestra sociedad, país subdesarrollado, inmerso en un sistema imperialista, libre comercio, país maquilador, productor de materias primas, uno de los principales exportadores de petróleo, de mano de obra, gran devastador de recursos naturales, gran importador de productos terminados, productor de imponentes discursos democráticos y a la vez productor de grandes comunidades indígenas que no encuentran cabida en esta falsa democracia, pero sobre todo gran productor de autómatas, que inconcientemente dirigen su vida regidos por los medios de comunicación, que son sometidos a la sumisión, condición necesaria para que esta sociedad, con todas sus apenadoras características, siga rodando.

SÖREN AABYE KIERKERGAARD.

VIDA

Nació en 1813 en Copenhague y murió por consecuencia de un ataque de parálisis en 1855. De origen Danés, filósofo protestante de la religión. Tras haber estudiado teología y filosofía en Dinamarca y en Alemania es escritor en su ciudad natal. Influyó en el movimiento de renovación teológica y filosófica después de 1918.

Pero hablemos más profundamente de su vida, vida que nos resulta tan interesante como apasionante, ya que ejemplifica su obra o tal vez al contrario, su obra es un justo ejemplo de su vida.

Primero que nada hay que hablar de la decisiva formación que recibió Kierkegaard por parte de su padre.

Su padre fue un exitoso comerciante de telas en Copenhague, pero cierto momento de su vida decidió dedicarse a la meditación y educación de su familia, entre los cuales, Sören Kierkegaard se contaba como el último de sus siete hijos.

Kierkegaard vivió admirando a su padre, sumido en una soledad producto de su constitución física: nació jorobado y con una pierna más larga que otra. El hecho es que sus particulares condiciones físicas, orillaron a Kierkegaard a buscar en su padre reconocimiento en el ámbito intelectual. Kierkegaard y su padre se entretenían largas jornadas, exaltando la imaginación, realizando juegos lógicos y reflexiones religiosas. El padre de

Kierkegaard invitaba a su casa a importantes conocedores de la filosofía racionalista y teología para discutir largas horas, por lo que Kierkegaard a una muy corta edad, instruía su mente en temas tan profundos.

Su padre también se dio a la tarea de introducir en la mente de su hijo, no solo las instrucciones religiosas que cualquier otra persona hubiera recibido, sino que además, contagió en Kierkegaard sus inquietudes, sus angustias en torno a la situación pecaminosa del hombre, la depravación, y la infranqueable distancia entre el hombre y Dios, así como la manera como Cristo tomó sobre sí mismo nuestros pecados.

Pero la angustia que al padre de Kierkegaard le producía el pensar en la atormentada muerte de Cristo, no era gratuita, y Kierkegaard ya imaginaba que la melancolía de su padre debía tener su origen en alguna culpa moral de la cual provendría alguna maldición divina que los llevaría a la muerte prematura. El día por fin llegó, y después de una ola de muertes en la familia de Kierkegaard, de la que solamente sobrevivieron su padre, su hermano Peter Christian y él. M.P. Kierkegaard confesó a su hijo que una vez en Jutlandia había alzado el puño blasfemando contra Dios, lo cual, unido al embarazo de la mamá de Kierkegaard que fue fuera de matrimonio, era lo que lo mantenía en esa angustia, en esa melancolía.

Las confesiones de su padre, hicieron que Kierkegaard lo perdonara y recobrarla la fe tanto en él, su padre, como en Dios.

Todas estas experiencias que su padre transmitió de golpe, sin imaginar las consecuencias que en la mente infantil de Kierkegaard podrían desencadenar, culminaron con una atormentada vida que, afortunadamente para nosotros, hoy podemos retomar, aprender y posiblemente entender.

Por otra parte Kierkegaard también vio marcada su vida por el episodio amoroso y desgraciado que encabezó Regina Olsen en el que este gran amor y frustrada historia amorosa, reflejan la renunciación a uno de los estadios de la vida.

Kierkegaard rondó insistentemente a Regina Olsen hasta que logró no solo su atención, sino que ésta se enamoró incondicionalmente entregando toda su confianza a Kierkegaard y rechazando así mismo a un pretendiente anterior. El carácter de Kierkegaard contrastaba enormemente con el de Regina: por un lado Regina era explosiva, extrovertida y espontánea, mientras que Kierkegaard era un hombre pensativo, introvertido, serio y melancólico. Sin embargo, a pesar de las diferencias, Kierkegaard amó profundamente a esta mujer, hasta el punto de renunciar a ella para no encontrar en el matrimonio ningún motivo que lo hiciera arrepentirse de las ataduras, compromisos y hasta de haber tomado una decisión errada ante las evidentes diferencias entre ambos.

El motivo de la ruptura no fue uno, al menos no lo parece ser, Kierkegaard posiblemente se sintió amenazado ante las diferencias tanto físicas como de carácter que pudieran convertirse en una relación intolerable; por otro lado, al verse ante la decisión del matrimonio, no quiso someterse al compromiso que tal institución exige, decidiendo sumirse una vez más en sí mismo y dejando de lado el estético camino que cualquiera pensaría que hubiera sido mejor para él. Por otra parte, nunca imaginó que Regina Olsen pudiera ser una compañera en su vertiginoso camino intelectual. Pero una vez más el conflicto de su padre imprimió en la vida de Kierkegaard tintes definitivos, cuando Kierkegaard decide romper con la relación que llevaba con Regina Olsen ante el miedo que le producía buscar una conciliación entre su alma y su cuerpo, entre su parte interior y la exterior, es decir, comenzar una vida sexual con Regina Olsen y al mismo tiempo cargar con el pecado sexual que su padre le confió. Kierkegaard no creyó que todas estas dificultades que se presentaban para tomar la decisión por el matrimonio fueran salvables, no tuvo fe, así como no creyó que Cristo hubiera logrado el perdón por el pecado original, y de esta manera la historia amorosa terminó, poniendo de manifiesto, no solo la falta de fé en el matrimonio, sino la falta de fe en Dios en ese momento de su vida.

Otro aspecto importantísimo en la vida de Kierkegaard que condicionó los últimos años de su vida, fue su enfrentamiento con la iglesia danesa, así como con la prensa y la sociedad. Cuando Kierkegaard, ya alejado de su romance con Regina Olsen, publica su libro Etapas en el Camino de la Vida, en el que resume su teoría de las esferas de la existencia que ya había expuesto en tres libros anteriores: O lo Uno o lo Otro, La Repetición y Temor y Temblor; aparece, firmado por P.L. Moller, una reseña crítica, contra el hecho de que en una obra de carácter literario se introdujeran opiniones sobre moral y filosofía.

Kierkegaard entonces responde evidenciando que P.L. Moller participaba clandestinamente en la publicación del periódico el Corsario, en el que se lanzaban críticas a todos los hombres de cualquier ámbito y estrato social. En este periódico entonces comenzaron a lanzarse críticas en torno a Kierkegaard, pero no solo en el campo literario ni profesional, sino de tipo personal, burlándose de su apariencia física, de sus expresiones, y de cuando en cuando, de su obra.

Kierkegaard entonces interpretó tal calvario, como el que Cristo sufrió, reafirmando nuevamente para sí, que Dios le había reservado su particular manera de ser y su particular constitución física, para que no encajara de ninguna manera en los estándares establecidos, y así lograra seguir los pasos que Cristo andó. Desde ese momento Kierkegaard se visualizó a sí mismo como el individuo que la sociedad se negaba a aceptar, es decir, todos podrían encontrar su propia individualidad, pero dadas las condiciones filosóficas, las tendencias políticas, religiosas, etc., que prevalecían, en los demás hombres no había interés alguno por desarrollar esta individualidad.

Por otra parte, Kierkegaard también rompió con la iglesia danesa, cuando lanzó ataques contra ella, diciendo que ya no se predicaba el nuevo testamento tal y como debería ser, introduciendo a las personas a una vida completamente apegada a lo que Cristo defendió, la humildad, el desapego a los placeres mundanos, es decir, una vida ascética y de buenas obras lo

cual estaba muy alejado de la sociedad burguesa que tanto lo había atacado.

En este momento crucial, solitario, en el que la gente, la sociedad, la prensa y la iglesia le dieron la espalda a Kierkegaard, fue cuando se vió en la más franca discordia con la filosofía sistemática hegeliana, y entonces publica su *Postscriptum no Científico a las Migajas Filosóficas*, en el que se rebela completamente contra tal manera de interpretar al hombre, porque según él, no había forma alguna de que una teoría completamente especulativa, pudiera estar apegada a una existencia verdadera, a la vida y experiencia de un hombre real.

En esta medida es en la que Kierkegaard no encuentra cobijo dentro de la sociedad, ya que recordemos que Kierkegaard siempre escribió en contra de las tendencias de su época, porque él mismo reconocía que atacaba a las masas, pero no invitando a que realizaran cambios en multitud, sino como individuos. Así, decíamos que tanto Kierkegaard como su misma obra, se caracterizan por la rebeldía, la soledad, la contra corriente, y el valor de enfrentarse y dar el primer paso en oposición a lo prevaleciente y aceptado.

Otra característica fundamental de la vida de Kierkegaard, como lo es la de los existencialistas en general, es la de que estuvo plagada de experiencias atormentadoras, y sobre todo dirigidas hacia su interioridad. Es fácil, a través de su obra bibliográfica, darnos una idea de su personalidad, de su atormentada vida, y de los móviles que lo llevaron a tomar ciertas decisiones.

Aún en su lecho de muerte, Kierkegaard se negó a recibir la comunión, ya que siempre fue un hombre auténtico, y su obra no fue, como muchas lo han sido, ajenas a la realidad, sus críticas y en general su obra, fueron lo más aproximado a un retrato de sí mismo.

OBRAS.

Sus obras principales son:

"El Concepto de la Angustia", "Estadios en el Camino de la Vida", "Diario", "Temor y Temblor", "La Enfermedad Mortal", Ejercitación al Cristianismo", "Las Migajas Filosóficas", "O lo uno o lo otro".

Kierkegaard plasmó en sus obras qué clase de hombre fue, su pensamiento y las situaciones personales que lo movieron a escribirlas.

El punto de partida y la meta de las preocupaciones kierkegaardianas es el yo como ser individual, sin olvidar que el individuo transita dentro de un contexto, y que de tal manera, éste contexto determina muchas de sus actuaciones, pero es el individuo el que toma las decisiones.

"De nada sirve a los hombres querer determinar primeramente lo exterior y luego el elemento constitutivo. Se debe, en primer lugar, aprender a conocerse a sí mismo antes de conocer otra cosa". El individuo surge en la medida que el hombre se vuelve hacia su interioridad y se conoce, se da cuenta de su existencia, tiene conciencia de sí.

Kierkegaard dice que el hombre no alcanza su realización progresiva, sino que en el yo se dan riesgos y saltos. Propone, pues, tres estadios que según él se dan en la vida del hombre.

SURGIMIENTO DEL INDIVIDUO KIERKERGAARDIANO EN RESPUESTA AL CONTEXTO IDEOLÓGICO PREVALECIENTE.

En este capítulo analizamos cómo las diferentes condiciones sociales, económicas, políticas, pero sobre todo cómo en particular la tendencia ideológica que había en Europa en su momento, lleva a Kierkegaard a emprender una ardua lucha a favor de restaurar el valor del individuo por encima de cualquier cosa.

No son solamente las tesis hegelianas las que mueven a Kierkegaard a emprender dicha lucha, es en general el momento histórico que se vivía en Europa, las revoluciones, la necesidad de un cambio en contra de la masificación, el surgimiento de nuevas ideologías a las que la gente se afiliaba en busca de solución a su situación desesperada. Todo esto hace pensar a Kierkegaard que es necesario poner un foco rojo que alertara a las personas del peligro que corrían al darle más fuerza a otro sistema en su pretensión de salir del que estaban viviendo. En general, ningún sistema ofrece, para Kierkegaard, la solución a dichos problemas. Es únicamente la reinstauración de la existencia del individuo, la valoración de éste lo único que podría salvar a aquéllos hombres que finalmente se encuentran hastiados de la situación vacía en la que un sistema los puede dejar.

Pero antes de iniciar formalmente este apartado, necesitamos dar una revisión rápida a la filosofía sistematizadora a la que tanto se opuso Kierkegaard.

Como no es nuestra intención que este trabajo se centre sobre tal filosofía, únicamente haremos un esbozo rápido, un vistazo a través del cual nos podamos ubicar en el desaliento que causó a Kierkegaard.

CARACTERÍSTICAS GENERALES DEL IDEALISMO HEGELIANO:

IDEA DEL SISTEMA

Hegel vive en la Europa romántica y como todo pensador, su pensamiento se encuentra impregnado por el ambiente en el que surgió. Es así que Hegel, como romántico expresa en su filosofía la necesidad de explicar el movimiento, el cambio, la historia. Así, la filosofía de Hegel no deja de ser una expresión de su tiempo, una filosofía con una necesidad, buscar, encontrar, dar cuenta del transcurrir. En su filosofía este espíritu romántico se expresa a través de su método dialéctico, por medio del cual se lleva a cabo el movimiento.

Hegel pretende crear un sistema filosófico que abarque en sí mismo todas las filosofías anteriores a él y lograr establecer las bases teóricas racionales para comprender tanto el pasado como el futuro, explicarlo y lograr encontrar una lógica en ambos. Pero sobre todo, este sistema debía comprender al espíritu absoluto en su totalidad, es decir, tanto su estructura racional interna, su manifestación en la naturaleza y en la historia humana, así como su destino o propósito.

Hegel concibió a este espíritu absoluto como todo lo real, todo lo racional, todo pensamiento, todo espíritu. Este espíritu absoluto siempre se encontraba en proceso de desarrollo, y este desarrollo era el que había que entender.

Para este fin, Hegel determinó que la dialéctica es el proceso de movimiento, de desarrollo del espíritu absoluto, o sea de todo.

Todo se manifiesta mediante una tesis, posteriormente aparece algo que lo contradice, es decir, la antítesis, y surge una lucha entre los opuestos hasta que surge de esta lucha una síntesis, que es la conciliación que supera el conflicto y significa un plano superior de la verdad que contenía la tesis y la antítesis.

Y es que Hegel pretende explicar todo el devenir histórico por medio de este método dialéctico, haciendo de la historia del hombre un sistema en el que los mecanismos son tan exactos y predecibles, que para Kierkegaard no quedaba lugar para la libertad, para el individuo que no encontraba conformidad alguna con una teoría que quisiera explicar hasta su interioridad. Hegel descansa toda la naturaleza humana, todos los pensamientos, la cultura, la historia, en el método dialéctico, puesto que afirma que la verdad solamente surge de la negación, cuando a una tesis dada se le antepone su negación que finalmente de ella misma surge y que dicha oposición nos llevará necesariamente a una nueva realidad que será la síntesis de dichos contrarios.

Esta idea central, la dialéctica hegeliana es la que tanto malestar causa al individuo kierkegaardiano, en la medida que su existencia se ve amenazada por un idealismo que lo determina.

Para Hegel la manifestación del espíritu absoluto en la naturaleza y en la historia de la humanidad se da porque el espíritu absoluto se objetiva en apariencias materiales, o cuando se trata de ideas o de acontecimientos históricos, el espíritu absoluto se manifiesta en el espíritu o la conciencia de las personas. Como vemos, Hegel sostiene que el espíritu también se

encuentra determinado por esta dinámica dialéctica, ya que pasa desde un nivel natural hasta un nivel en el que alcanza el concepto de Dios.

Esto significa que la razón, al comprender el proceso dialéctico, permite que lo absoluto llegue a conocerse a través de una mayor asimilación de la realidad, la cual se presenta tanto en el arte, la religión y la filosofía.

Así, vemos que igualmente como todo está explicado por medio de un movimiento que ya está determinado por lucha entre contrarios, igualmente el espíritu está determinado y se mueve, avanza, se desarrolla y enriquece hasta un momento que ya está predispuesto.

Dice Hegel, que la individualidad surge desde que el alma, susceptible al mundo natural, vive en el mundo de las sensaciones y de los sentimientos, pero el alma es aún no totalmente consciente, porque no es aún espíritu, sino que es un alma que es garantía de vida, es todavía primitiva, pero por medio de ella se manifiesta la individualidad con respecto a la totalidad efectiva.¹

Es un alma que cuando se vuelve reflexiva, cuando se da cuenta de sí como fenómeno, logra tener la perspectiva del espacio que ocupa en el mundo, de lo que es, pero no solamente hacia adentro de sí, sino hacia afuera, como parte integrante de la totalidad. El alma, cuando se espiritualiza, cuando abandona este mundo de las sensaciones y entra en el mundo de la reflexión, logra ubicarse en la totalidad efectiva y así alcanzar la idea de identidad.

El sistema representa el autodesenvolvimiento de el espíritu absoluto hasta su realización en la totalidad de la realidad, mediante un proceso dialéctico de tesis, antítesis y síntesis.

Es que para Hegel, la totalidad le brinda al alma la posibilidad de espiritualizarse, en tanto que únicamente por medio de su inmersión en ella, puede ésta definir cuál es su ser.

Es decir, para Hegel es inconcebible un individuo solitario, el espíritu solamente se realiza completamente, se delimita su individualidad, en la medida que conoce, por medio de la reflexión, de la conciencia, lo que es y lo que no es, en la medida que ve dentro del mundo.

Por ello, el hombre para Hegel es inconcebible si no es dentro de la

1 Enciclopedia de las ciencias filosóficas, III, I, Núm. 403

sociedad, porque antes de ella, el espíritu del hombre aún no era espíritu, era solamente alma que no tenía conciencia de sí, más que de una manera muy arcaica, y en la medida que se da la evolución dialéctica del estado natural del alma al estado espiritual en el que se convierte en espíritu por medio de la conciencia, la conciencia, ya en ese estado espiritual de reflexión, le brindará a éste la posibilidad de ser libre.

Porque la libertad, para Hegel es inalcanzable si no es por medio de la conciencia, tener conciencia de lo que se es en el mundo, de lugar que el hombre ocupa en la sociedad, de la verdad del espíritu, de su ser y de su no ser, de la síntesis del alma y la conciencia.

Mientras tanto, para Kierkegaard, contrariamente a lo que dice Hegel, el individuo se realiza en su interioridad, no existe en esta filosofía idealista lugar para el individuo kierkegaardiano que busca y solo puede encontrar en su interior, totalmente solo, sin compañero que comprenda sus angustias, la verdad de su existencia.

No es posible para Kierkegaard que exista una teoría como la que propone Hegel, que sea capaz de explicar el ser, la existencia del hombre concreto, porque para poder explicar esta existencia es necesario vivirla, no se puede partir de afuera e imponer una realidad a la interioridad del hombre, puesto

que cada quien sabe con lo que carga en su interior y las respuestas no pueden ser las mismas para todos.

LA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA DE HEGEL

Del mismo modo como el individuo solo puede realizarse en la medida que se ve inmerso en la sociedad, también en la historia, el individuo se encuentra determinado, pero ahora por un destino ya predispuesto, por una razón que ya lo predice, es una razón divina que guía la historia del hombre. El individuo entonces ya no tiene un destino propio, sino un destino que comparte con la humanidad entera, un destino que está escrito y cuya decisión pertenece a la razón divina. Dice Hegel que la historia tiene una perspectiva de sistema, la historia es un proceso en el que nuevamente el espíritu queda subordinado a un deber ser "la conciencia entre lo real y lo ideal se hace patente en la filosofía de la historia. La historia es la explicación del espíritu en el tiempo; aquí la *razón* deja que los intereses y pasiones de los hombres y de los pueblos actúen por sí mismos".

No hay más que dejarse llevar por dicha razón, el individuo no actúa, deja actuar, solo es como un transcurrir en el tiempo en el que ya está determinado el individuo

Kierkegaard no podía aceptar esta situación, no es posible que un sistema quiera englobar aún el destino de cada persona, no es posible que exista un Dios en ese sentido, que Dios sea tan general.

La consideración hegeliana de la historia tiene por objeto mostrar que todos los acontecimientos en ella han transcurrido racionalmente, que la razón rige el mundo y todo el curso de la historia.

Hegel no niega que la historia pueda aparecer como un enlace de los hechos contingentes y mudables, y por tanto, falto de todo plan racional o divino y dominado por un espíritu de miseria, de destrucción y mal.

El gran contenido de la historia universal es racional y tiene que serlo, una voluntad divina rige el mundo. La historia es la realización del plan divino, una revelación. La filosofía de la historia va a ser el intento de explicar la historia entera como un saber absoluto que incluye el mismo error.

La filosofía de la historia entonces significa una interpretación sistemática de la historia universal, de acuerdo a un principio según el cual los acontecimientos históricos se unifican en una interpretación sistemática de la realidad, y sus sucesiones se dirigen hacia un significado fundamental. La posición básica de Hegel se refiere a que el único pensamiento que la filosofía aporta a la historia es el simple pensamiento de que la razón rige el mundo y también la historia del mundo, la cual ha transcurrido racionalmente.

EL INDIVIDUO KIERKERGAARDIANO EN EL CONTEXTO DEL HEGELIANISMO Y DE LA REVOLUCIÓN INDUSTRIAL.

Generalmente, como sucede con las filosofías existencialistas, y dada su particular manera de exponer sus ideas, se suelen hacer análisis, más que de las teorías propuestas por estos filósofos, de la vida de los mismos autores, buscando las raíces, los meollos, las justificaciones de sus propuestas, en sus propias vidas. Es más, se hacen análisis psicológicos de sus defensas al individuo atribuyéndolos sólo a los eventos dramáticos de sus vidas.

Sabemos que una de las características comunes a las diferentes filosofías existencialistas, es que sus autores suelen utilizar su propia biografía como el material de trabajo que ilustre la problemática que abordan. Sin embargo el justo valor que se merece la filosofía de kierkegaard, exige por momentos dejar de lado dichas circunstancias en aras de la importancia y vigencia que logra tener en las sociedades modernas con hombres a quienes se les ha arrebatado el derecho de ser diferentes, de elegir por si mismos qué lugar desean desempeñar en dicha sociedad y en el mundo.

El individuo que a capa y espada defiende kierkegaard, sin embargo cobra vida no solamente a partir de sus experiencias personales, sino también a partir de las circunstancias sociales que aquejan a Europa en el momento

que a Kierkegaard le tocó vivir. Y es precisamente la filosofía hegeliana un reflejo del sentir y del pensar de dicho momento histórico.

Ya James Collins en su libro *El Pensamiento de Kierkegaard*, hace notar que Kierkegaard hace especial hincapié en desacreditar la tendencia que había en su tiempo de especular y sistematizar la vida, como si esta pudiera vivirse en lo abstracto:

“Las aseveraciones de Kierkegaard sobre el ser y la existencia guardan una relación incómoda con su campaña antiespeculativa y antisistemática... Después de una valoración aguda de las tendencias contemporáneas, concluyó, que en el peor de los casos, la filosofía degenera en “el pensamiento puro” de Hegel y, en el mejor, se limita a ser un análisis de las formas esenciales. No encontró la manera de incorporar sus descubrimientos existenciales en ninguno de los sistemas de su época. Esto lo obligó a dar a sus doctrinas una connotación exclusivamente religiosa y despreciar sus consecuencias metafísicas, salvo para fines polémicos.”²

² James Collins, *El Pensamiento de Kierkegaard*, Fondo de Cultura Económica, México, 1976, pp. 269, 270

Por otra parte, si partimos de la consideración de que Kierkegaard era una persona atormentada por sus múltiples conflictos emocionales, entenderemos que el momento filosófico con el que se encuentra, encabezado por la filosofía hegeliana, se le aparece como una filosofía desoladora y no solo eso, sino una filosofía que atenta contra el hombre mismo, hombre que orgullosamente, se honraba en representar. Un hombre sumido en sus angustias y desesperanzas, un hombre que no tenía cabida ni en la sociedad de su tiempo, ni en el sistema religioso, económico, político, etc..

Se ha criticado a Kierkegaard en torno al arduo ataque que lleva a cabo contra la filosofía hegeliana, toda vez que anula cualquier virtud o aportación

de ésta a la existencia del hombre. Al respecto Kaufmann afirma lo siguiente:

“Los ataques de Kierkegaard no se basan en una lectura directa de Hegel, y suelen narrar tanto como las observaciones que hace sobre Goethe: su imagen de Hegel procede de las conferencias del viejo Schelling, en quien se había desarrollado un profundo resentimiento al ver que la faja de Hegel había eclipsado la suya propia... Schelling repitió una y otra vez dos aseveraciones, la primera era que Hegel se había apoderado de sus ideas, pero no proporcionó a Schelling respeto alguno. La segunda en cambio impresionó profundamente a muchos cristianos, entre ellos a Kierkegaard: la filosofía hegeliana de igual modo que la propia filosofía juvenil de Schelling, se mantenía al nivel de una mera “filosofía negativa” y quedaba aún por dar, tras la muerte de Hegel el paso verdaderamente importante, lo que se precisaba era una nueva “filosofía positiva”. Dentro de éste marco general fue donde Schelling trazó la caricatura de Hegel como un mero traficante de conceptos” ³

³ Walter Kaufman, Hegel, Alianza Editorial, Madrid, 1972, p. 129

Por otra parte, James Collins sostiene lo contrario:

“No vale la pena pretender que un hombre pueda enamorarse de la naturaleza y del orden social actual, como si la dialéctica de Hegel hubiera salvado el abismo entre lo que es y lo que debe ser, entre las apariencias y la esquivia cosa-en-sí. Kierkegaard no necesitaba haber asistido a las clases de Schelling en Berlín para aprender esta lección. Mucho antes de haber oído el ataque de Schelling al inmanentismo hegeliano, el solitario e inquisitivo danés, había llegado a la conclusión de que el punto de apoyo de Arquímedes, estuviere donde estuviere, no podía encontrarse dentro de este mundo de espacio y tiempo o dentro de sus leyes ideales.... Aún por temperamento, Kierkegaard nunca podría haberse sometido sin protesta a

una actitud de aceptación. Por eso, algunas veces reconocía que su temor innato y sus presentimientos sombríos eran dones preciosos más que debilidades de su espíritu; porque generaban en él una constante inquietud en presencia de cualquier explicación o arreglo ya aceptado” 4

Lo cierto, es que a pesar de las encontradas apreciaciones que se han hecho en torno a la polémica Kierkergaardiana-Hegeliana, es que Kierkergaard resaltó sobre la filosofía, la vida, más que hablar del hombre, resaltó que se debía aprender la verdadera existencia del hombre, cosa que no se podía hacer a través de especulaciones.

Para Kierkergaard Hegel hablaba sin tener conocimiento real de la individualidad del hombre.

Aunque al respecto podemos señalar que Hegel habla de que en el hombre hay una conciencia de sí como un grado de reflexión o relación del espíritu consigo mismo.

Empero Kierkergaard descalifica todo verdadero conocimiento por parte de Hegel de la espiritualidad del hombre y de su individualidad, ya que para

4 James Collins, pp 36 y 37

Hegel solo es realizable el espíritu subjetivo en sociedad.

Kierkergaard no concibe que la sociedad pueda dar al hombre conocimiento de sí mismo, aunque es en ésta en la que el hombre puede experimentarse y reconocerse.

Todas estas discrepancias hacen que Kierkergaard desprecie la filosofía hegeliana y la critique en tanto que para él toda filosofía se originaba en el ámbito especulativo y no en el real, mientras que el verdadero conocimiento del hombre no podía surgir de tal manera, sino solo a través de cada quien, en su soledad, introspectivamente.

Es por ello que Kierkergaard se proclama un pensador religioso más que un filósofo, porque manifestaba un gran descontento en torno a las filosofías de

su tiempo, que para él, lejos de brindar un espacio para que el hombre se realizara como individuo, tenían intención de arrebatar la individualidad, en aras de fortalecer cada vez más los sistemas, sean estos los de derecha o los de izquierda, sean estos los que tenían el poder, o sean los reaccionarios, que al final de cuentas, no buscaban más que lo mismo, homogenizar lo que para Kierkegaard era inhomogenizable, la individualidad, la interioridad del hombre.

En Europa, como ya mencionamos arriba, se vivían circunstancias particulares que dieron lugar a la filosofía kierkegaardiana de defensa constante del individuo. Kierkegaard estaba completamente aplicado a elevar el valor del individuo por encima de las masas, a pesar de que esto significara no estar a favor de ninguna filosofía de su tiempo, las que consideraba contrarias al individuo.

Ya con bastante elocuencia Kierkegaard, en su prólogo al Concepto de la Angustia, muestra su sentir en contra de las teorías que tratan de uniformizar, o más bien que pretenden que pueden englobar el sentir de todos los individuos. Dice así:

“Quien quiera escribir un libro hace bien, a mi juicio, en forjarse toda clase de ideas acerca del asunto sobre el cual desea escribir... Escribe entonces su libro con la misma facilidad con que el pájaro entona su canción... lo edita sin cuidados ni preocupaciones y sin la menor presunción de haber dicho en todo la palabra final o de que vayan a encontrar la felicidad en su libro todas las razas de la Tierra. Cada generación tiene su misión y no necesita hacer tan extraordinarios esfuerzos, que lo sea todo para la anterior y para la siguiente. Cada individuo de una generación tiene, como cada día, su carga especial y bastante que hacer con preocuparse de sí mismo. ¿por qué querer abrazar el presente entero con su preocupación dominante, o creer que inicia una era o una época con su libro, cuando no, según la última moda, con meras promesas solemnes, con amplias y seductoras indicaciones, con la insegura garantía de una vatuta dudosa? No

todo el que tiene unas anchas espaldas es por ello un atlas, ni las ha recibido para llevar un mundo; no todo el que dice “Señor, Señor”, entra en el reino de los cielos...”⁵

Estas últimas frases de Kierkegaard de que no todo el que tiene unas anchas espaldas es por ello un atlas, ni las ha recibido para llevar un mundo, es más claro que el agua en cuanto crítica a filosofías globalizadoras, que pretenden dar la última verdad del hombre, como si pudieran desde afuera profundizar en su interioridad, en su individualidad, y más que eso, dar la interioridad y la individualidad misma al hombre.

Para Kierkegaard era evidente que la afiliación de los hombres a las diferentes filosofías o tendencias políticas de su tiempo, se estaba llevando a cabo como la única salida que encontraban las personas en su angustia por las crisis sociales que el sistema estaba provocando.

La Revolución Industrial, el nacimiento de nuevas teorías sociales, políticas y económicas, como por ejemplo la naciente doctrina socialista, entre otras, resultaban una salida desesperada para muchas personas que se veían de

⁵ Søren Kierkegaard, *El Concepto de la Angustia*, Espasa-Calpe Mexicana, Colección Austral, 1989, Prólogo.

pronto ahogadas en el sistema capitalista.

No es de extrañar que un hombre con una autoconciencia tan desarrollada como la de Kierkegaard, haya protestado ante la filosofía hegeliana, principalmente porque ésta, vista ahora en el contexto de la Revolución Industrial, también refleja el afán político-económico de homogenizar y apaciguar las conciencias aventureras, valerosas e inconformes que aunque pocas, pero afortunadamente todavía las hay.

Kierkegaard tenía como misión hacer que la gente se diera cuenta de su valor como individuo antes que como integrante de cualquier sistema, que comprendieran que afiliarse a una nueva corriente era darle más fuerza a un nuevo sistema, salir de uno para entrar en otro sin voltear primero a ver el

interior de uno mismo y tratar de encontrar ahí la salida que tanto se anhelaba.

Y es que para Kierkegaard, encontrar el camino de cada persona debía ser responsabilidad de cada uno, no responsabilidad de ningún gobierno, de ningún filósofo, ni de ningún político. Esa era su misión, su filosofía del individuo, de la vida y del mundo, que sus lectores se dieran cuenta de que no tenían que ir hacia afuera, sino hacia adentro, porque el idealismo ofrecía una respuesta desde afuera, el hombre tendría que encontrar las respuestas en el exterior de sí, lo que para Kierkegaard era inaudito.

Y es precisamente el hegelianismo la bandera de esa tendencia sistematizadora, especulativa, abstracta, uniformizadora que Kierkegaard se proponía combatir.

Para Kierkegaard negar a Hegel va mucho más allá de un conflicto personal, para Kierkegaard negar la filosofía de Hegel es negar la sistematización de la vida, negar que el hombre y su destino puedan teorizarse y predecirse.

Kierkegaard ve al hombre y a la vida del hombre como movimiento constante, como práctica. No es posible teorizar sin vivir, es necesario navegar en el barco para entender el movimiento. Por eso Kierkegaard define a Hegel como un profesor de filosofía y no como un pensador, ya que Kierkegaard ve a los filósofos como aquellos que hablan sin tocar la verdad de la vida, sin tener la experiencia concreta, sin existir realmente.

EL HOMBRE, A TRAVÉS DE LA EXPERIENCIA DE LA VIDA.

El hombre, a través de la experiencia de la vida, cosa simple, si nos ubicamos precisamente en tal situación. Siempre estamos experimentando, siempre estamos viviendo la vida, pero ¿realmente a través de la vida vivimos una experiencia, o como una pluma al desprenderse del pájaro, deja llevarse por las corrientes de aire, hasta finalmente caer, tocar fondo y no tener la decisión de nuevos rumbos, hasta que nuevamente las corrientes de aire se tornen hacia ella y la eleven hasta donde ellas mismas lo logren, sin dejar a la pluma oponer la menor resistencia?

Si a eso se le puede llamar una experiencia, abordar el título de este apartado sería un sin sentido. Pero sabemos que cuando Kierkegaard se

refiere a que el hombre experimenta su propia vida, se refiere a él como el conductor de su existencia.

La existencia kierkergaardiana, la experiencia de la vida, está justificada precisamente porque Kierkergaard en las sistematizaciones filosóficas acerca del hombre, nunca encontró cabida, respuesta ni consuelo a su desesperación y a su angustia. Angustia que si nos apegamos a su pensamiento, se traduce en el vértigo ante la libertad, ante la nada.

Para Kierkergaard la vida del hombre no puede definirse de manera externa como si fuera un proceso continuo y homogéneo. Para Kierkergaard la vida del hombre solo puede ser entendida por el mismo hombre, quien se enfrenta a esta lucha constante que es la vida en donde surgen múltiples contradicciones que encuentra que son imposibles de salvar con el método dialéctico hegeliano. Con Kierkergaard es necesario elegir, angustiarse ante la incertidumbre de la vida misma, porque no hay teoría ni sistema filosófico que pueda dar certidumbre al hombre ante la expectativa de lo desconocido. Hegel dice en su método dialéctico, que las contradicciones se funden en una síntesis que suprime los opuestos; mientras que para Kierkergaard no hay lucha de opuestos ni mucho menos posibilidad de que éstos se sinteticen: cuando el hombre se encuentra ante una disyuntiva en la vida, tiene que jugársela. Tiene que hacer uso de su libertad y elegir finalmente el camino o quedarse donde empezó, es decir o salta al momento y situación siguiente o se queda en el lugar cómodo y seguro en el que se encontraba.

Es algo así como ser o no ser, pero no hay indecisiones, no hay mediaciones al menos en la vida real, no las hay, aunque en cualquier sistema filosófico puede hablarse de que así es.

Y en esta vida contradictoria, como vemos, si el hombre se resigna a adecuarse a los planteamientos teóricos que estandarizan al hombre, que le arrebatan su libertad, seguramente, éste hombre no tendrá la necesidad de tomar decisión alguna, de comprometerse puesto que su vida ya no es suya, sino la del sistema mismo. Y el sistema proporciona al hombre la

autojustificación para no cambiar, para alejarse de las contradicciones reales de la vida. Así el hombre que sumido en la mediocridad en que el sistema lo mantiene, puede consolarse pensando que su situación es necesaria, es la deseable y la común a todos.

Sin embargo, y volviendo a la idea con la que iniciamos este apartado de que la insistencia kierkergaardiana de la experiencia de la vida está justificada precisamente porque Kierkergaard en las sistematizaciones filosóficas acerca del hombre nunca encontró cabida, respuesta ni consuelo, podemos entender que la de Kierkergaard era un alma comprometida con su vida, y decidida a no permanecer apacible, puesto que cuando se encontró ante la desesperanza, pudo entender que su naturaleza le exigía tomar decisiones a través de la libertad que la autoconciencia y el conocimiento de sí mismo le proporcionó.

Por esta razón, las críticas de Kierkergaard hacia el hegelianismo deben ser tomadas como una crítica a un modo de pensar que en ese momento tenía su auge, pero que aún ahora sigue siendo vigente, por lo que el kierkergaardianismo, desde nuestro punto de vista, tiene tanta vigencia como lo tiene la democracia en nuestros días y en nuestras sociedades imperialistas. Tanta vigencia como lo tienen los tratados de libre comercio, y tanta vigencia como la tiene la dominación mundial que ejercen ciertos países sobre el resto, la mayoría.

Esta crítica, sobre la cual se desarrolla la filosofía kierkergaardiana, cobra hoy, entonces, tanta importancia y vigencia como cobra importancia la necesidad de respetar, de exigir respeto a las diferencias entre los países, entre los pueblos, entre las comunidades, y aún entre cada una de las personas que son de cierta manera, y que no tiene por qué parecerse a nadie.

La realidad entera no existe para Kierkergaard, cada quien tiene su propia realidad, no puede decirse de una teoría que engloba todo lo que puede ocurrirle a una persona, a un individuo, por ello Kierkergaard sostiene que

solamente partiendo de una base extrasistemática podrá realizar sus críticas al sistema, porque en principio no cree que éste pueda abarcar aún la propia base de la que parte, la existencia misma. Para Kierkegaard no existe ni podrá existir un sistema que abrace a la existencia, la existencia siempre estará afuera y muy por encima de cualquier sistema, y es precisamente la existencia la piedra angular sobre la cual Kierkegaard construye su teoría, porque no es una doctrina de la vida ni de la experiencia, ni ningún sistema, sino que es la experiencia, vivir la vida lo único importante. Por lo tanto habrá tantas realidades, tantas teorías, tantas ideas como existencias, como individuos, como individuos que experimentan, como vivencias existan.

Pero no pensemos que la crítica al pensamiento de Hegel debe estudiarse como se estudia cualquier fenómeno de teorías con puntos de vista opuestos, sino que pensemos en esta crítica como una crítica que puede ser útil para quienes en ese momento y aún hoy en día buscan algo más que lo que, como diría Kierkegaard, ofrece esta esfera estética de la vida de la que no hemos salido.

Kierkegaard, mediante su personaje Don Juan en el Diario de un Seductor, nos deja ver no solo las características de la vida en el estadio estético, sino cómo el hombre que lleva a cabo una reflexión, una autoconciencia, es llevado a un momento en el que ya no encuentra placer, sino desesperación. Para Kierkegaard, este momento de la desesperación, pese a lo difícil que se torne en la vida del hombre, es un momento deseable, porque solo a través de él es como se puede renunciar, emprender la búsqueda y trascender a un nivel de vida superior. Este proceso doloroso es el que Kierkegaard sostiene que es necesario para enfrentar las grandes contradicciones de la vida.

Como vemos, no hay semejanza con el manejo de las contradicciones que Hegel hace con su dialéctica. Kierkegaard en este sentido rechaza las mediaciones, las fusiones, las indecisiones, y solo permite la decisión, el

cambio, la renunciación y por ende la realización de la libertad, el compromiso.

Y es que una teoría como la dialéctica de Hegel evidentemente no está sustentada en la necesidad de algún hombre de decidir ante las contradicciones de la vida; más bien a nosotros nos parece que dicta una explicación acerca de la manera cómo Hegel concibe que ocurren las cosas, pero ya cuando ocurrieron, mientras que lo importante para Kierkegaard no es descubrir de manera externa la vida pasada del hombre, sino experimentar cada uno, cada momento, desde su propio contexto, cada etapa, cada esfera en que clasifica la vida.

Pensemos también el pensamiento de Kierkegaard como una propuesta de hacernos responsables de nuestra propia individualidad, de defenderla antes de tirar por la borda esta posibilidad. Esto es, para Kierkegaard, que la gente acostumbra delegar a las instituciones su propio destino, es decir, no buscamos dentro de nosotros mismos el valor que nuestra individualidad merece, creemos que solamente “siendo parte de” podemos valer como individuos. Es por esta razón que no solamente el hegelianismo causaba malestar a Kierkegaard, sino muchos otros movimientos sociales, filosóficos, políticos y económicos de su época que tenían como común denominador pasar por encima de las convicciones personales, por la dignidad humana, por el individuo. Kierkegaard quería que sus lectores, antes de considerar dar más poder a diferentes corrientes políticas, afiliándose a ellas para encontrar la solución a sus problemas, -que en ese momento eran principalmente un hastío hacia la mecanización- se dieran cuenta de que el camino correcto para el individuo es otro.

El camino de las personas para salir de ese mundo en el que se pasa por alto las particularidades, la subjetividad de cada quien, para Kierkegaard, podría encontrarse en la igualdad, pero no una igualdad que acabara con la integridad, con la libertad personal, sino una igualdad que no pasara por

encima de las personas reales, con necesidades reales, con potencialidades reales que había que desarrollar.

Es por ello que Kierkegaard no está en contra de las instituciones de su tiempo, pero tampoco pretende apoyarlas porque no ve en ellas intención alguna de promover una igualdad que permita la diferencia que el individuo necesita. Por ello, sus escritos más que políticos, más que filosóficos, son escritos que él define como religiosos, porque solamente en la religión podrá el hombre adentrarse hacia sí mismo.

No sabemos qué tan imposible sea hoy en día un mundo en el que los individuos puedan experimentar las sensaciones de desasociado que Kierkegaard experimentó, sin embargo estamos seguros de que, aunque en una mezcla algo turbia, pero hay quienes dan mayor valor a la parte ética, ordenada y racional que a la vida estética.

Aunque sabemos que nuestras sociedades difícilmente desdeñarán las comodidades, extravagancias, superficialidades, vanidades, ambiciones, - por dar solo unos cuantos calificativos al mundo de las sensaciones y satisfacciones de los objetos y riquezas materiales- sólo por poner un poco a prueba nuestra superficialidad nos hacemos la siguiente pregunta:

¿Cómo dejar de lado lo material cuando el mundo de hoy exige día tras día el éxito?

Pero analicemos esta pregunta, para Kierkegaard primero que nada lo importante realmente no es el mundo, no es la sociedad, mucho menos el sistema (con lo cual queda incluido el aspecto social, cultural, económico, político y hasta el religioso), para Kierkegaard lo realmente importante es la parte interna del hombre, la que lo hace concebirse como un individuo concreto, con necesidades y preocupaciones concretas y específicas, nunca estandarizadas, porque el ser individuo es precisamente individualizarse, que para Kierkegaard sería rebelarse a formar parte de, tal y como Hegel puntualiza en su teoría del estado, y si nos apegamos a la importancia de esta parte interna, entonces es un sinsentido preocuparse por las exigencias

del mundo, porque el mundo es externo y como tal no determina al individuo, el cual viaja a través del mundo y en torno a él toma decisiones, pero no es efecto del mundo ni le debe sumisión alguna, obediencia ni mucho menos requiere su aprobación.

Por otro lado, éxito, es una palabra muy relativa, si preguntamos al común de los hombres de hoy en día por el significado de esta palabra, seguramente la asociarán al ámbito económico y social, puesto que son los ámbitos más aceptados y prevalecientes.

Éxito, el ser un hombre o una mujer exitosa, se le atribuye a aquel que logra múltiples posesiones materiales, una posición social reconocida y en menor medida a quien es intelectualmente cultivado. Esta sería la definición y aplicación de la frase hombre exitoso en nuestra sociedad hoy en día.

Contrariamente y según lo que conocemos de la filosofía Kierkegaardiana, es seguro que su definición de éxito no solo no contemplaría los aspectos económico-sociales de la anterior definición, sino que se tornaría hacia el lado contrario, al interior y seguramente, si Kierkegaard se hubiera ocupado de tal cuestión, la hubiera dirigido hacia el ámbito o esfera religiosa, que sería la culminación a la cual el hombre debe aspirar.

Si volvemos entonces a nuestra pregunta, bajo estas premisas kierkegaardianas, encontraremos la respuesta completamente en el interior del hombre, descartando por completo las expectativas que la sociedad tenga de nosotros y tomando el camino de la vida que nuestro interior nos dicte, pero ¿en busca de qué?

Indudablemente que es inevitable para el hombre de hoy la búsqueda de por lo menos algunos de los satisfactores asociados con el éxito, y digo por lo menos algunos porque los filósofos al estilo socrático –quienes despreciaron lo exterior, los placeres mundanos- ya no existen, o al menos eso creo. Lo que si sería digno de rescatarse es el afán de poner en un nivel más elevado el mundo de los valores morales y religiosos que son los que en escasas ocasiones hacen recordar al hombre su capacidad espiritual, racional, en fin,

su capacidad humana y humanitaria en medio de un mundo, una sociedad que no da mayores muestras más que de deshumanización, hostilidad y vacío interno de las personas.

Retomemos nuevamente nuestra pregunta, pregunta que tanto nos incomoda cuando abordamos el tema de este trabajo y a la vez nos contamos entre tantos “don Juan” de los que está plagado el mundo. Esta pregunta que nos hace darnos cuenta de que aún no estamos en el estribo, que falta mucho para llegar al momento en el cual dar el salto a la siguiente esfera, pero la angustia, la incertidumbre hacia lo desconocido o más bien a lo no reconocido como importante en nuestra sociedad, nos impide acercarnos a tal momento.

Esta pregunta que como piedra en el zapato nos incomoda tanto al estar hablando y reconociendo lo valeroso de vivir en el riesgo de una vida alejada de la comodidad que ofrece la sociedad, de la sopa de hombres iguales que terminan por desdibujar nuestro intelecto. Y con toda nuestra incomodidad, con todo el reconocimiento que hacemos en torno a esta filosofía, a esta manera valerosa de enfrentar la vida, seguimos aquí. Y desde este lugar difícil indudablemente no podemos más que aceptar aquella mezcla turbia de la que hablamos arriba y la cual también aceptó Kierkegaard en alguna parte de su trabajo, nos referimos a que las esferas de la existencia del hombre no necesariamente son en un orden determinado ni una excluye a la otra, todos vivimos en mayor o menor medida dentro de una y/u otra.

Pero Kierkegaard una vez más no nos deja solos, él no intenta dar una respuesta a la masa, no intenta provocar reacciones en multitud, pero si provocar la reacción individual, en su propio contexto de cada quien, tal como nos lo dice Collins:

“La única posición posible para él era la de sostener que, a pesar de que el hombre de la masa es un peligro para la profundidad e integridad de la vida, cada hombre de la multitud tiene la posibilidad de liberarse de ella, con la

ayuda de Dios, y convertirse en un yo individual, en un hombre “poco común””.⁶

Solo esperamos muy sinceramente, que nuestra permanencia en cualquiera de las esferas no se convierta en un exceso infranqueable del que resulte imposible salir.

Esperamos, tal vez ingenuamente, que la espiritualidad que francamente se encuentra en crisis en nuestra sociedad, a la que nos atrevemos a ubicar en la esfera estética, por fin sea rescatada en otros ámbitos, sean los religiosos, los morales, los humanitarios, los solidarios, etc., pero algún día salga de este letargo.

Por otra parte, volviendo al análisis que nos ocupa, para que Kierkegaard logre llegar al concepto del individuo, tuvo que visualizarlo por un arduo camino, en el que clasificó la vida del hombre, camino que se divide en

⁶ James Collin, p. 201

varias etapas que son las llamadas esferas y son la esfera estética, la esfera ética y la esfera religiosa. Podemos decir que cada una de ellas contribuye de alguna manera a que el hombre vaya dándose cuenta de cuál es el camino que desea seguir, hasta que por fin logra convertirse en un individuo en toda la extensión de la palabra, cuando por sí mismo, sólo, aislado de todos los demás y sin ayuda de nadie en el mundo, se encuentra con el camino correcto de su existencia.

El individuo, así, se construye solamente a partir del paso del hombre por estas etapas.

Y podrán existir diferentes momentos políticos y sociales, podrá dominar diferentes ideologías, pero lo realmente importante, para Kierkegaard se conserva en la interioridad del individuo, las decisiones importantes de la

vida no tienen que ver con las decisiones tomadas a nivel de los estados, sino a nivel de la individualidad.

Kierkegaard, así hace constantes críticas a los sistemas, pero no atendiendo a sus posibles fallas técnicas, sino más bien, atendiendo a estos sistemas como el fundamento de la homogenización que para él es imposible en términos de la existencia individual. Igual que Marx, está en contra del Estado, pero no por los mismos motivos que Marx, para Kierkegaard, el verdadero ideal del hombre debe ser lograr encontrarse a sí mismo como individuo y que éste sea el fin motor de su vida, no las condiciones externas, económicas, políticas o sociales, que aunque son inevitables, son completamente secundarias cuando se ha encontrado el camino en el amor, en el respeto, en la religión o en Dios.

Realmente, pensar que existe una posibilidad de que el estado se amolde finalmente a las necesidades del individuo, es decir, a la integridad, a la dignidad, a la libertad, al amor, a la fe, como Kierkegaard pretendía, resulta un sueño, que aunque sea una muy, muy remota posibilidad, sería ideal llegar a alcanzar. Este es quizá el punto débil que en su momento no dio la suficiente fuerza al pensamiento de Kierkegaard, tanto como otras corrientes como la Marxista, que por medio de una revolución real, tangible en los hechos, pretendía acabar con el Estado y la instauración de su nuevo sistema económico, político y social.

Dice Collins acerca de la esperanza que Kierkegaard mantenía de que el plan divino se cumpliría a pesar de intereses y grupos secundarios:

“Cuando los hombres ya no son capaces de perderse en los intereses de grupos secundarios y cuando se encuentran solos ante Leviatán, casi se les impone la oportunidad de llamar a Dios. Y puesto que es necesario acercarse a Dios uno por uno, como individuos, no *in masse*, se puede percibir los principios de la individualidad y de la existencia trabajando tras la búsqueda moderna de igualdad y dentro de ella. La misma frustración y las

divisiones producidas por esa actitud mundana, pueden llevar a una reversión total de la mente y a encontrar el propio yo.” 7

Y esta esperanza, esta situación caótica que finalmente conlleva la posibilidad de que surja el individuo, es en este trabajo como el punto alrededor del que quisiéramos girar, analizando las posibilidades que existen de este surgimiento y a partir de él, las posibilidades que existen de que el individuo se mantenga en una sociedad que lo aplasta y que constantemente activa sus mecanismos en contra de él.

Porque ciertamente volverse hacia sí mismo y mirar las potencialidades que como individuo cada uno tenemos, es ya no un derecho, sino una necesidad, en una sociedad tan material, tan superficial como la que estamos viviendo. El individuo kierkergaardiano, en el momento que Kierkergaard lo vislumbró como en nuestro tiempo, puede y debe subsistir aún en las condiciones adversas que precisamente le dan origen pero ¿es realmente posible? ¿O es un nacimiento destinado necesariamente a una muerte prematura?.

7 James Collin, p. 205

DE SI EXISTE LA POSIBILIDAD DE QUE EL HOMBRE DE NUESTRAS SOCIEDADES MODERNAS SIENTA ANGUSTIA.

En el prefacio de Las Migajas Filosóficas o un poco de Filosofía reza la siguiente aseveración:

“Nadie consigue que su actividad pensante coincida felizmente con los intereses generales tan felizmente que resulte difícil determinar hasta qué punto se ha servido de ellos para sí mismo o para causa general” 8

No podría Kierkegaard hacer una crítica más clara acerca de las filosofías idealistas que pretendían dar la verdad última acerca del hombre. El hegelianismo pretendió explicar al hombre tal y cómo es, englobarlo, no dejar nada fuera, ni al hombre solo, como alma pura, como conciencia pura, ni bien ubicado en su contexto, en su totalidad: pero a diferencia de la explicación que del hombre da el existencialismo, Hegel lo quiso explicar como un todo ya terminado, del que todo está dicho y nada está por decir, es por ello que cobra importancia la otra cara de la moneda, la de Kierkegaard, que siempre vio al hombre como una posibilidad, que mientras viva, se encuentra en desarrollo, y nada puede decirse de él que sea definitivo, porque siempre existe nuevamente la posibilidad de trascender, dar un salto y cambiar su destino.

Ahora bien, volvamos al título de nuestro apartado:

De si existe la posibilidad de que el hombre de nuestras sociedades modernas sienta angustia.

Kierkegaard sin dudarle un instante, respondería que la posibilidad ahí está,

8 S. Kierkegaard *Migajas Filosóficas o un poco de Filosofía*, Edit. Trotta, p. 23

siempre hay una posibilidad en el hombre, mientras éste se encuentre vivo. Porque es precisamente la existencia igual a la posibilidad, y viceversa, la posibilidad es la que nos vuelve existentes, potencialidades, libres de elegir.

El hombre existe en la medida que es capaz de elegir, porque elegir es ser un ser que se elige a sí mismo, que elige su existencia, a diferencia de los demás seres, quienes viven, pero no existen puesto que no eligen existir, no son libres, no tienen posibilidades, solo viven.

¿Pero todos los hombres se encuentran dentro de esta categoría privilegiada de existencia?

El hecho de ser hombres no precisamente nos hace existentes, la existencia es una elección, y el hombre que elige es el hombre que está liberado, que no vive únicamente apegado a la naturaleza animal que también forma parte de nosotros.

Kierkegaard habla al respecto así:

“el cuerpo es el órgano del alma y, por ende, también del espíritu: Tan pronto como cesa esta relación de subordinación, tan pronto como se revuelve el cuerpo, tan pronto como la libertad se conjura con él, contra sí misma, ya ha sobrevenido la esclavitud en la forma de lo demoníaco...El último extremo en esta esfera es lo que se puede llamar en general la animalización...”⁹

Esclavitud contra libertad, animalización contra existencia, son los extremos en los que el hombre puede encontrarse. Ciertamente, para Kierkegaard existe la posibilidad, existe la libertad, la elección, pero estas potencialidades deben desarrollarse, y no todos los hombres, si no es que más bien muy pocos hombres tienen interés por desarrollarlas.

⁹ Sören Kierkegaard, *El Concepto de la Angustia*, Colección Austral, Esapasa-Calpe México, 1989, 134

Por supuesto que el hombre no debe negar su naturaleza animal, sin embargo, lo que Kierkegaard quiere decir, es que esta naturaleza debe permanecer subordinada a la libertad, al espíritu, nunca debe mezclarse lo animal, lo demoníaco con la libertad. No deben ser las apetencias del cuerpo, las necesidades animales las que rijan nuestras elecciones, y sin embargo podemos ver hoy en día que así es, que el pensamiento humano se ha vuelto invariablemente hacia el lado material, hacia el saciamiento de las necesidades más superficiales del hombre, al grado de no solamente relegar, sino despreciar las necesidades espirituales, morales, religiosas,

en fin, humanitarias, que son las que nos pueden liberar de las ataduras en las que nuestra alma se encuentra.

Kierkegaard lo sabía, sabía que el hombre no había elegido, que no era libre, que dejaba que otros eligieran por él, que lo definieran y lo delimitaran, pero él no lo podía permitir para sí mismo, no se encontraba en el común de los hombres, no podía encontrar consuelo a su desesperanza, lo sabía, y por ello solo podía concebir que su destino había sido marcado por Dios diferente al de los demás, y precisamente por esta razón lo había enviado a este mundo con las diferencias físicas e intelectuales que tanto le pesaron, pero que un día entendió como los tesoros más preciados.

Kierkegaard, al contrario que el hegelianismo, no pretendió enunciar ninguna verdad universal, no era su intención que los hombres retomaran su mismo camino, él sabía que el destino de cada quien debía ser el que cada quien eligiera, pero aún así, mostró por medio de su obra, cómo la vida nos ofrece diferentes posibilidades, posibilidades en las que nos dejamos llevar, o posibilidades que nosotros mismos hacemos nuestras.

En nuestro intento por extrapolar la filosofía Kierkegaardiana a nuestra sociedad actual, nos encontramos con que la falta de aceptación que encontró en su momento sería bastante semejante a la actual. Y esto seguramente se debe a que las condiciones de deshumanización que se vivieron producto de la Revolución Industrial, hoy en día no son muy diferentes. El hombre no solamente ve en los demás hombres medios sobre los cuales pasar para lograr sus propios intereses, sino que a sí mismo se vislumbra como un instrumento para el mismo fin. El desposeer al hombre de sus medios de subsistencia y desenmascararlo como una herramienta más en los nuevos desarrollos tecnológicos, no solo obligó al hombre a vender su mano de obra al mejor postor, sino que también poco a poco él mismo fue vendiéndose la idea de no ser más que la extensión de una máquina y a la vez de la gran máquina económico-social.

O nos dejamos someter, o nos cobijamos en nuestra situación, o reflexionamos y elegimos estar ahí o salir, pero concientemente, libremente, haciendo uso de nuestra capacidad racional, de nuestro conocimiento.

Sin embargo día a día, y tristemente podemos constatar que la actividad pensante se ha reducido a una herramienta más de este sometimiento que cada vez aleja más al hombre de la ideal condición humana que Kierkegaard planteó en su trabajo.

No hace falta más que echar un vistazo a las carreras que ofrecen el grueso de las universidades más prestigiadas de nuestro país para reafirmar que los hombres y mujeres de nuestras nuevas generaciones no ven en sí mismos más potencialidades que aquellas que sean funcionales a la sociedad en la que viven. Es como si la universidad también se hubiera ido transformando en grandes talleres donde el producto terminado son hombres funcionales, no hombres pensantes, hombres herramienta, hombres cuadrados, hombres programados para pensar solo en producir, producir, producir. Y si los universitarios hoy en día tienen esa tendencia, esa formación, por lógica el resto de las personas aspiran a obtener, en la medida de sus posibilidades, los mismos satisfactores materiales.

Es triste pero real, nuestra sociedad no admite que existan otras necesidades que las materiales, por tanto, es no solo innecesario sino ridículo cultivar cualquier otra facultad que no sea útil al sistema.

Hoy en día la condición humana por excelencia, la que el hombre cree que lo distingue del resto de los seres que comparten con nosotros el planeta, es la condición humana tecnológica, donde la razón está sometida de manera casi exclusiva al progreso, a la funcionalidad tecnológica.

La condición humana racional, reflexiva, autoconciente, libre, a la que tanto defendió Kierkegaard, parece encontrarse en crisis terminal.

Pero esto no es reciente, ni exclusivo de un país, un continente, un lado del planeta, etc., Lo podemos constatar al leer cualquier periódico, navegar por

internet, escuchar cualquier noticiero. Lo único que acapara los encabezados es la deshumanización por la acumulación material o deshumanización por tecnificación o deshumanización por libre comercio o deshumanización por la deshumanización.

No es nueva evidentemente esta situación: desde que el hombre pisó la Tierra, la mayoría de los hombres han sometido su naturaleza inmensamente superior únicamente para satisfacer sus instintos, mientras que aunque pocos, siempre ha habido quien ha querido echar una mirada más allá.

Como lo hemos mencionado ya, la Revolución Industrial también contribuyó para acrecentar esos efectos deshumanizantes, y al respecto surgen filosofías que contribuyen a ubicar al hombre, darle su lugar, el lugar en el que se requiere que se encuentre.

Hegel consideraba que la pertenencia al Estado es uno de los mayores deberes posibles que debe asumir el individuo, de hecho, el Estado era para él, la manifestación de la voluntad general y el sometimiento del hombre a esa voluntad es la mayor aspiración de un hombre libre y racional.

Kierkegaard luchó arduamente contra esta teoría, -porque para Kierkegaard el hombre realiza su existencia en el plano de su interioridad, no en el plano de la sociedad, del Estado-, porque además, la libertad del hombre se manifiesta en la medida que elige, pero desde su individualidad, no desde el Estado, elige su destino, independiente de lo que la sociedad espere de él.

Hoy, es más fácil vivir los caminos que ya han sido caminados, elegir las carreras que han sido elegidas para nosotros, pensar como se pensó que debemos pensar, vivir como viven los demás, claro, es más fácil, y por lo tanto, es más fácil rechazar lo que no se parezca a lo que todos hemos aceptado.

Cuando dentro de nuestras sociedades, el común de las personas realizan superficiales críticas a la filosofía, suelen alzar su voz para afirmar que la filosofía plantea problemas sin resolver, mientras que la vida diaria requiere soluciones, no planteamientos.

Claro, por supuesto que es posible que el hombre de nuestras sociedades modernas sienta angustia, y es que para Kierkegaard la angustia es la ingenuidad, es desconocimiento, y precisamente es en la ingenuidad y en el desconocimiento, que el hombre de hoy vive, porque no ha dado vuelta su mirada hacia sí mismo, no se ha preguntado si el objetivo que cumple, es el propio para una naturaleza con las potencialidades tan enormes que tiene el ser humano.

Es posible, que el hombre de nuestras sociedades modernas sienta angustia, lo deseable sería que esa angustia fuera producto de encontrarse a punto de realizar un cambio, que esa angustia fuera temor, como dice Kierkegaard, ante lo desconocido, ante la posibilidad del fracaso, angustia porque no se sabe qué va a ocurrir después de dar el salto. Kierkegaard ve a la angustia como un estado deseable para el hombre, angustia que no es lo mismo que miedo, porque miedo, dice Kierkegaard aparece ante lo ya conocido, mientras que la angustia, es igual al temor, al desconocimiento, a la ingenuidad, que es deseable cuando se ha decidido libremente, concienzudamente, autoreflexivamente, y se ha decidido por el lado espiritual, no por el lado animal.

El hombre de hoy, sometido a las estructuras económicas y sociales prevalecientes, sostiene que poco hay que pensar, y mucho hay que actuar. Pensando en esta situación y volviendo a las primeras líneas con las que iniciamos este capítulo, llegamos a la conclusión de que desgraciadamente queda negada dicha frase “nadie consigue que su actividad pensante coincida felizmente con los intereses generales”, puesto que cuando el hombre ha renunciado a que su actividad pensante vaya más allá de lo inmediato, de lo que le ofrece el estadio estético en el que se

encuentra sumergido, por supuesto que esta actividad pensante coincide felizmente con los intereses generales, ya que estos intereses se vuelven a esta actividad pensante tal como un reflejo vuelve a su origen aspirando a ser cada vez más cercano a él. Es decir, la actividad pensante del hombre de nuestras sociedades modernas, coincide con el interés general cuando ha perdido la dimensión humana y vive de acuerdo y solamente a lo que su sociedad le ofrece y le exige, despreciando toda aquella posibilidad que le exija renunciar o revalorar lo que toda su vida ha encontrado como su finalidad máxima, lo material.

Kierkegaard, al hacer tal planteamiento, seguramente nunca imaginó que la individualidad humana pudiera extraviarse tanto dentro de la gran masa en la que nos hemos convertido. Seguramente, Kierkegaard a pesar de tal situación de sus pensamientos, confió en que aún cuando el hombre llegara a las condiciones en las que hoy en día nos encontramos, aún en ese momento pudiera existir la posibilidad de que apareciera un resquicio de angustia que pudiera salvarnos.

Y es que ciertamente, la masa de hombres de hoy, que desprecian no solo el existencialismo, sino a la filosofía en general, parten de un punto de vista popular que resulta muy seguro para sus intereses, y por ende para los intereses del sistema que los patrocina. Y para muestra, cuando hoy en día alguien, y lo mencionamos por experiencia propia, acudimos a una sociedad mercantil solicitando un empleo, resulta mejor, para tal efecto omitir dentro del currículum cualquier estudio filosófico, tal como si nos encontráramos frente a rasgo discriminatorio, de lo contrario, casi podemos estar seguros que dicho empleo nos será negado. Y es que no solamente hay un desconocimiento (desconocimiento que como bien claro lo dejó Kierkegaard nos remite a la carencia de libertad) de las posibilidades intelectuales del hombre y de los “tan lejanos horizontes que nuestra actividad pensante puede abordar, como son nuestra propia interioridad”, sino que hay una aversión. Lo que el hombre de hoy no sabe, porque no le interesa saberlo, simplemente, es que aún la más superficial forma de vida, contiene una

filosofía digna de sí, que en sí misma aporta su justificación, justificación que claro, para Kierkegaard no es justificable más que como mero escalón, mera esfera que por sí misma no ha logrado dar el salto.

Y al analizar esta aversión, podemos pensar que no hay solamente una visión de la vida totalmente ajena los planteamientos filosóficos de todos los tiempos, sino que en los fundamentos de las sociedades modernas existe un miedo de que sea mostrado al hombre tal y como se encuentra, con todas las carencias intelectuales, y la desesperación que tal estado puede heredar al hombre. Es decir, un miedo a aceptar lo que Kierkegaard planteó, que el hombre finalmente se encontrará angustiado, situado en la desesperación al mirarse a sí mismo y ver el vacío que ha construido, la necesidad de no estar solo, porque así se encuentra, verdaderamente solo aunque aparentemente en compañía de la sociedad moderna.

Leí alguna vez en un libro de Simone de Beauvoir titulado El Existencialismo y la Sabiduría Popular lo siguiente:

““En Francia, ustedes plantean problemas sin resolverlos”, me decía un día un norteamericano. “Nosotros no los pensamos, los resolvemos”... cuando se ataca al existencialismo, no es, comúnmente prefiriendo otra doctrina definida, sino más bien quitando todo valor a la filosofía en general.

La masa de despreciadores del existencialismo, capta al mundo a través de la sabiduría popular, que es un lugar cómodo en el que por pereza, tanta gente coincide.

El hombre no puede escapar a la filosofía, porque no puede escapar a su voluntad. Toda marcha viviente es una lección filosófica y la ambición de una filosofía digna de ese nombre, es la de ser un modo de vida que aporte consigo su justificación.

Vemos, cómo hoy en día, no solo el existencialismo es atacado, sino también toda actividad pensante que no sea funcional, útil, práctica para el sistema tal y cómo se ha planeado. Al existencialismo particularmente se le

ha atacado entre otras cosas por mostrar a un hombre desesperado, desposeído de su grandeza y en franca miseria, retirado de su propia subjetividad.

Y es que podríamos atrevernos a decir que al hombre le gusta embellecerse y concebirse sobre un pedestal, así que cuando se le cuestiona sobre la verdad de su posición, se enfurece.

Queremos pensar que a pesar de todo, que a pesar de dejar que otros elijan por nosotros, que a pesar de haber perdido nuestras aspiraciones, hemos elegido. Pero recordemos que elegir libremente no es lo mismo que simplemente elegir, si elegimos acumular riquezas materiales, solo porque el vecino las ha acumulado y no es posible que nosotros nos quedemos atrás, estamos dejando que elija nuestro instinto de conservación que nos dicta que el más fuerte siempre será el que sobreviva, queremos ser el más fuerte, tal y como nos han pintado al más fuerte, pero si elegimos enfocar nuestros esfuerzos para cultivar los valores humanitarios propios y los de nuestros hijos, estaremos eligiendo realmente cultivar una de nuestras carencias espirituales, carencia que solo será posible conocer, por medio de una autoreflexión. Pero que nadie nos cuestione, que todos piensen que vivimos plenos, que somos, que existimos, que nadie piense que somos seres incompletos, inconclusos, indefinidos, que no sabemos qué somos, en dónde estamos, hasta dónde podemos llegar y ni siquiera sabemos si queremos emprender el viaje.

Que nadie nos diga la vergonzosa vida en la que preferimos permanecer, por eso que la filosofía calle, que no pretenda inmiscuirse entre los hombres que necesita el sistema. No contraten a aquel revoltoso que quiere mezclarse entre nosotros, no le abran las puertas, porque quiere que los demás piensen, que los demás se den cuenta. Preferible no darnos cuenta, que nadie se de cuenta, que todo siga así.

Pero hablemos también de quien se vale del punto débil del hombre, del que él mismo prefiere no hablar. La iglesia, para ella el hombre se ha

presentado como un ser bestial, cuyos apetitos animales lo llevan a las peores acciones. Por siglos la iglesia se ha valido de la condición del hombre animal, la ha utilizado para someterlo amenazantemente con el infierno.

Hoy, hasta las religiones han ido perdiendo adeptos, hoy el hombre no está dispuesto a aceptarse lleno de errores. Es mejor, para el hombre que se prefiere miope, encerrarse en su mundo de productividad, de acumulación, claro que es mejor, porque también en el mundo de la moralidad es ubicado como un ser bestial con conductas envidiosas, mentirosas, de codicia, etc., y no, ésta no puede ser nuestra naturaleza. Mejor cerrar los ojos, mejor no enterarnos, mejor rodearnos de quienes viven igual, quienes defienden a capa y espada esta manera de vivir.

La diferencia entre una actitud conformista y una actitud existencialista, es la desesperación que debería haber sido provocada por esta vida vacía. Una actitud existencialista es desesperada, inconforme, atormentada, a punto de dar un gran salto, de buscar una vida más humana.

Tal y como la filosofía hegeliana felizmente corroboraría, nuestra sociedad se ha convertido en toda una máquina cuyos engranajes necesitan de todos, de toda la masa de hombres. Una maquinaria que quiere que todos jalen parejo, olvidándose de las diferencias, pisoteando esas diferencias. Donde nuestras comunidades indígenas no encuentran inclusión, porque no buscan inclusión, porque buscan conservar su diferencia, pero no, las diferencias son rechazadas, son expulsadas porque no convienen, porque no son redituables, porque no son funcionales ni útiles.

El que piensa, tanto como el que piensa diferente, el que reflexiona acerca de sí mismo y se da cuenta de su individualidad, como el que se da cuenta de su soledad, ése, es el que puede dejarse absorber, dejarse llevar por la fuerte corriente, o decidir ser sí mismo, decidir que su libertad no sea sometida, que no se subordine su espíritu, su alma, a su cuerpo, a lo externo.

Es curioso ver cómo en la sociedad actual, en teoría, la verdadera grandeza del hombre se funda en valores como la amistad, la fraternidad, el amor, etc., mientras que en la práctica los únicos razonamientos válidos son los jurídicos, morales y religiosos que son precisamente los que niegan en el hombre esta grandeza, reconociéndolo como un ser amenazante al que hay que socegar.

Por ello el hombre prefiere no darse cuenta, alejarse de quienes le ponen un espejo enfrente, de quienes realicen una crítica de él. Prefiere vivir al margen, alejado de la espiritualidad, de la moralidad, y hasta vivir al margen de la ley. Pero el verdadero problema para la libertad humana, es el alejamiento abismal que existe entre el hombre y el conocimiento de sí mismo, el no darse cuenta de sí mismo, pero no de sí mismo como un ser bestial, como lo pinta el marco jurídico, moral y religioso, sino de sí mismo como cada quien es, como cada quien se encuentra, en su propio contexto y sus propias potencialidades. Kierkegaard dio un voto de confianza al individuo, a cada uno en especial, a quien echa una mirada hacia dentro, y se da cuenta de su existencia.

Kierkegaard no encontró resignación en el sistema, como no lo encontrará ningún alma que se aventure hacia su interioridad y a partir de ella se vislumbre en el contexto de su sociedad.

Cabe en este momento citar una graciosa pero ilustrativa anécdota que cuenta Thomas Nagel en su libro *Una Visión de Ningún Lugar*:

“Hace diez años y un verano, cuando trabajaba en Princeton, apareció una araña en el urinario de varones en el 1879 de la calle Hall, donde se encuentra un edificio que alberga el Departamento de Filosofía. Cuando nadie hacía uso del urinario, se posaba en la coladera de metal que se hallaba en la base, y cuando estaba en uso, hacía esfuerzos por quitarse de en medio, arreglándose en ocasiones para escalar unos tres o cinco centímetros por la superficie de porcelana hasta algún punto que no estuviese demasiado mojado. Pero a veces el torrente la hacía caer, dar

tumbos y terminaba por empaparla. Esto no parecía gustarle, y procuraba escapar del remojón siempre que podía. Solo que se trataba de un mingitorio que abarcaba todo el ancho del piso y tenía una base hundida y un borde saliente pulido: se encontraba por abajo del nivel del piso y no podía salir.

De algún modo sobrevivía, alimentándose presumiblemente de diminutos insectos que se veían atraídos al mismo sitio. Al comenzar las vacaciones, todavía estaba allí. El urinario debió de haber sido utilizado más de 100 veces al día, y siempre se producía el mismo esfuerzo desesperado por quitarse de en medio. Su vida parecía miserable y extenuante.

Nuestros encuentros poco a poco empezaron a resultarme opresivos. Claro que podía tratarse de su hábitat natural, pero como estaba atrapada por la porcelana lisa saliente, no tenía forma de salir, aunque hubiera querido hacerlo, ni le era posible decir si quería salir o no. Ninguno de los demás visitantes regulares del baño hizo nada por cambiar la situación, pero conforme pasaban los meses y se acercaba el invierno yo volvía allí cada vez con más dudas e incertidumbre acerca de si debía liberarla o no. Pensaba que, en caso de que no le gustara abandonar el sitio o si no hallaba suficiente comida, podría regresar fácilmente. Así que un día, ya cerca del final del periodo, tomé un papel del toallero que se encontraba en la pared y lo extendí en dirección de la araña. Sus patas se asieron al extremo de la toalla y yo la levanté para depositarla en el piso de mosaico.

Se sentó allí sin mover un solo músculo, la toqué ligeramente con la toalla, pero nada sucedió. La empujé unos centímetros sobre el mosaico hasta dejarla exactamente enfrente del urinario, pero seguía sin responder. Parecía estar paralizada. Me sentí incómodo pero pensé que si no quería quedarse en el mosaico cuando la puse allí, unos cuantos pasos le hubieran bastado para regresar al mingitorio. Mientras tanto, estaba cerca de la pared y no corría peligro de que alguien la pisara. La dejé ahí, más cuando volví, dos horas más tarde, aún no se movía.

Al día siguiente la hallé en el mismo sitio, con las patas encogidas en esa forma característica en las arañas muertas. Su cadáver estuvo allí durante una semana, hasta que finalmente barrieron el piso.”¹⁰

Este es un relato sin duda interesante para ilustrar precisamente cómo es nuestra capacidad intelectual, nuestro raciocinio y el conocimiento que adquirimos de nosotros mismos a través de él, lo que nos da libertad. Libertad que evidentemente es exclusiva al hombre, en la medida que cuenta con tales capacidades como lo son la autoreflexión, conciencia, angustia, elección, responsabilidad, en fin.

Tal como cuenta la anécdota, la araña sobrevivía, se alimentaba, se defendía, ciertamente el hombre debe sobrevivir, alimentarse, defenderse en un mundo que lo amenaza constantemente en su integridad física.

Pero centrar nuestros esfuerzos de cada día, todos los días, por realizar tales actividades que de la misma manera realiza cualquier animal en el planeta, no solo nos parece un desperdicio de capacidades, sino un desprecio abierto al intelecto, al raciocinio, y a libertad.

Visualizar nuevos horizontes es fácil, aventurarse a la incertidumbre de atravesarlos, de sumergirse en sus misterios y peligros, solo corresponde a las almas más valerosas, a las que se han preparado previamente mediante

¹⁰ Thomas Nagel, *Una Visión de Ningún lugar*, FCE, 1996, pp 298, 299

un cultivo intenso de conocimientos que les dan la herramienta más valiosa sin la cual no sería posible dicha empresa: la libertad.

La araña, obviamente no contaba con dicha herramienta, además de que no la deseaba, no le hacía falta, puesto que ni siquiera visualizó por un instante en su vida la posibilidad de que hubiera nuevos horizontes, nunca se imaginó que la vida pudiera ser de diferente manera, es más, nunca echó una mirada a su vida para conocerla, mucho menos echó una mirada a sí

misma, para conocerse. Esta araña no conoció la libertad, pero tampoco conoció la esclavitud, es decir, no fue conciente de su esclavitud, puesto que ni siquiera pudo verse a sí misma. A diferencia de tales seres, el hombre tiene tan magnífica capacidad de autoreflexión, de autoconciencia, a partir de la cual lograr la magnificencia del ser humano, la elección, las posibilidades inmensas de siempre ser mejor o peor según se escoja.

Seguramente si preguntamos a cualquier persona en la calle si eligió vivir tal y como vive o si le fue impuesto, nos responderá que vivir de tal manera es su elección, y en efecto, uno puede elegir permanecer, puede elegir satisfacer todas nuestras necesidades fisiológicas y materiales, pero la elección a la que Kierkegaard se refiere, es la que desprecia esta parte animal del hombre, poniendo siempre por encima las necesidades del alma, del espíritu.

Quisiéramos concluir este capítulo citando un párrafo de El Concepto de la Angustia donde Kierkegaard pone de relieve que en un hombre con falta de espíritu no puede haber angustia.

“No hay pues, en la falta de espíritu angustia, pues ésta se encuentra excluída de ella, como se encuentra el espíritu; pero la angustia está ahí, está a la espera. Es posible que un deudor logre sustraerse felizmente a su acreedor o alejarlo con buenas palabras. Pero hay un acreedor que nunca deja de cobrar: es el espíritu. Desde el punto de vista del espíritu, hállese también la angustia en su lugar en la falta de espíritu, pero escondida y disfrazada. Hasta el observador se horroriza cuando dirige a ella su mirada. Siempre que la fantasía quiera ver encarnada la angustia, será su figura espantosa de ver; pero la angustia todavía espanta más cuando considera necesario disfrazarse, para no aparecer como es, siéndolo. Cuando la muerte se presenta en su verdadera figura, como el siniestro esqueleto armado con la guardaña, no se la contempla sin espanto; pero si aparece disfrazada, para burlarse de los hombres que creen, ilusos, burlarse de ella, de tal forma que sólo el atento observador ve que el desconocido que

seduce a todos con su cortesía y a todos arrastra a la loca algazara del placer sin freno, es la muerte, sobrecoge a aquél un profundo terror”.¹¹

¹¹ Kierkegaard, El concepto de la Angustia, p.95

LA INTERIORIDAD CONTRA LA EXTERIORIDAD.

Una vez reconocida la necesidad de cultivar la parte interior del hombre, una vez reconocido que existe esta interioridad de la cual el hombre reflexivo no podrá escapar, y la cual engendrará necesariamente en él una angustiosa necesidad de ir más adentro de sí mismo, una vez que estamos concientes de nuestra verdadera esencia, a la cual el individuo

kierkegaardiano no podrá engañar en aras de permanecer exitoso ante la sociedad, una vez de acuerdo con esto ¿qué lugar puede ocupar el hombre común, el hombre que verdaderamente encuentra necesario salir de la mediocre posición superficial en la que nuestra sociedad lo ha sumergido? ¿qué hacer con esta necesidad interior cuando las necesidades del exterior no nos permiten dar el salto tan ansiado?

Este es el propósito de nuestro último capítulo, y aunque nos deja con un profundo desasosiego, dado el inevitable fracaso al que teníamos que enfrentarnos al aventurarnos a defender al individuo kierkegaardiano, aún con este desconsuelo que provoca el éxito existencial conviviendo con el fracaso social, hoy, una vez concluidas las anteriores páginas, una vez enmarcado nuestro individuo en el contexto que nos interesó enmarcarlo, podemos hacer un análisis del enfrentamiento de la interioridad contra la exterioridad.

Ahora sí, podemos enfrentar el mundo interior, contra el mundo exterior. Queremos del mundo interior, ver sus posibilidades reales, prácticas en un mundo que se le cierra, que le pone mil trabas y obstáculos siempre en busca de que desaparezca.

El mundo interior que Kierkegaard reconoce que es privativo de cada persona, no es algo evidente, algo que sea reconocido por los demás, sino solo por cada quien y para sí mismo, mediante un examen de autoreflexión.

Y precisamente porque se encuentra de manera interna en el hombre, es que no puede ser entendido por nadie más que por quien lo experimenta.

Por su parte el mundo exterior es el primero que se le presenta al ser humano, es el más evidente, el más inmediato, el que de primera instancia somete los deseos e impulsos del hombre a una actitud casi instintiva de sobrevivencia.

Además, este mundo exterior pretende un nivel de objetividad tal, que en las filosofías idealistas como la filosofía hegeliana, forma parte de una totalidad

que aunque es cambiante, no lo es dependiendo de cada persona, sino que cambia para todos, evoluciona para todos, y así en esta evolución, todos transitan por ella, de la misma manera y eliminando así la subjetividad que Kierkegaard defiende en el individuo.

Se trata de dos mundos opuestos, pero que el uno requiere del otro para existir, se trata de hablar del hombre como una masa homogénea en donde no caben las particularidades, pero que de ellas se conforma, se trata de hablar de un individuo delimitado, pero que solo puede delimitarse a partir de lo ilimitado.

Bien, como veremos posteriormente, el mundo exterior, al ser el primero, es el que aporta la primera y principal influencia en la vida de los hombres, influencia decisiva pero también influencia engendradora de su propio opuesto, la interioridad.

Kierkegaard, como sabemos, se opone al idealismo hegeliano, que pretende no solamente objetivar al hombre y despojarlo de su interioridad, de su subjetividad, sino que también pretende objetivar su movimiento, su actuación, su historia por medio de un sistema, el sistema dialéctico.

Y a pesar de esta oposición, Kierkegaard también mantiene su propuesta filosófica a partir de un movimiento dialéctico, en el cual de una realidad tan plantada como lo es el mundo exterior del hombre, puede engendrar otra realidad, la realidad del mundo interior, que de origen al individuo. Como vemos, Kierkegaard requiere, para que exista el individuo, que exista previamente la sociedad, se le aparece indispensable como negación, como lucha de contrarios, como el ser que permite que exista el no ser.

Es para Kierkegaard tanto como la relación que existe entre la verdad y la falsedad, como un renacimiento espiritual que surge cuando se conoce la verdad, cuando entonces se torna el hombre libre. Porque no puede haber en el hombre mayor verdad que la descubierta del otro lado del telón.

Es la necesidad del desengaño la que precisamente para Kierkegaard genera esta condición desesperada de angustia que puede salvar al hombre, que le puede abrir nuevos horizontes. Es la prisión frente a la libertad, es el momento del nacimiento, la nada frente a algo. La multitud frente al individuo, lo corpóreo, lo demoníaco frente a lo espiritual.

En fin, la posibilidad frente al imposible. Porque Kierkegaard concibe al hombre como una posibilidad, como una potencia que solo requiere por fin estar frente a frente con el conflicto entre su interioridad y su exterioridad, con el conocimiento del error en el que se encuentra para decidirse por la dirección correcta, por hacer de esa posibilidad un camino de vida encausado a la verdad.

Pero tal como el hombre interior no puede más que surgir de la esfera social, de la misma manera el espíritu se encuentra sometido a ciertas formas corporales, tales como las que le proporciona la vista, el oído, y en general los sentidos corpóreos. Y es que es también en esta lucha y retroalimentación que se da entre lo interior y exterior, que el individuo kierkegaardiano encuentra su instrumento de percepción, que es el oído, el cual le permite apreciar la interioridad y a la vez reconocer lo demoníaco de la exterioridad.

Para Kierkegaard, muy a su pesar, el individuo aparece a partir de lo demoníaco, de la sociedad, y se encuentra dentro de ella, aunque construya una barrera, aunque se pretenda aislar, esta sociedad ahí está, y si no existiera, no habría la plataforma a partir de la cual pretender dar un salto, pretender avanzar, pretender cambiar.

Por ello Kierkegaard presenta esta contraposición entre la esfera privada del ser humano, es decir su interioridad y el mundo exterior, como una relación indeseable pero necesaria. Una relación que desearía no existiera, pero que es preciso aceptar, y dominar.

El problema, según parece es de dónde partir, porque Hegel sostuvo que el hombre es a partir del sistema, que no es nada fuera de él, y que lo que le

da sentido es la totalidad de la que forma parte. Mientras que para Kierkegaard, no es posible que esto pueda suceder, mucho menos cuando él mismo no pudo encontrar cobijo en el sistema social y religioso de su momento. Para Kierkegaard, el hombre es a partir de sí mismo, de su individualidad, y debe proyectarse hacia afuera, es decir, es el individuo el que toma las riendas de su vida y así decide formar parte del mundo exterior siguiendo el camino elegido.

Para Kierkegaard el hombre es concebido en sociedad pero siempre partiendo de sí mismo, teniendo como base su individualidad para a partir de ahí transitar por el mundo exterior.

Cuánta belleza encontramos en tal aspiración, cuán benéfico sería para el hombre de hoy descubrir su propia interioridad, descubrir que es libre, que puede ver a partir de sus propios ojos y no a partir de los ojos de la opinión pública, del sentido común. Cuánta pobreza encontramos en nuestra sociedad, cuánta falta nos hace que nuestra vida esté teñida de valores morales, de valores humanitarios, religiosos, valores de amor y amistad, cuánta falta nos hace ver hacia adentro y descubrir la potencialidad de la que hemos sido dotados a diferencia de los demás seres. Entender que somos diferentes, no solamente por nuestras extremidades, no solamente por la división del trabajo, no solamente por el descubrimiento del fuego, no solamente por nuestro raciocinio, sino por el potencial humano que solo un ser dotado de espíritu puede tener.

Pero tal como Hegel lo dijo, el hombre es solo a partir del lugar que ocupa en el sistema. Y ciertamente, el hombre de hoy en día se dice ser "contador", "electricista", "camarógrafo", "ingeniero", etc., más nunca se dice ser un hombre, porque ser un hombre le resulta "demasiada poca cosa", "demasiado devaluado". No cultivamos nuestras capacidades como seres humanos puesto que nuestra visión no parte de nosotros mismos, no conocemos dichas capacidades, más bien conocemos lo que los medios masivos de comunicación nos han hecho creer de nosotros mismos, lo que

el sistema político y económico nos ha impuesto como necesario para alcanzar el “progreso”, lo que las instituciones religiosas nos han impuesto para alcanzar “la salvación”.

Somos lo que se espera que seamos, no somos lo que realmente podemos ser.

Pero, como ya mencionamos en varias ocasiones, el hombre común de nuestra sociedad ha criticado a la filosofía en general, de ser una preocupación “innecesaria” y fuera de contexto. Obviamente el existencialismo no se salva de tales críticas, y mucho menos en la medida que propone al hombre ejercitar una vida interior que desdeñe en todo momento las vanalidades del mundo exterior.

Hoy en día los hombres, al igual que en el momento que Kierkegaard los enfrentó, nos encontramos constantemente determinados por modelos, exigencias, estilos, formas de vida que voluntaria o involuntariamente dirigen nuestra actuación, nuestros pensamientos y aspiraciones.

Al momento que el hombre se encuentra en condiciones de madurez suficientes para llevar a cabo un viaje introspectivo que le permita examinar su vida o llevar a cabo el más mínimo ejercicio de autoreflexión para, en la medida de lo posible, tomar decisiones independientes, en ese momento indudablemente el hombre ya recibió e hizo suyos una gran cantidad de prejuicios y modelos que lo llevan a actuar de acuerdo a lo que la sociedad ha marcado como aceptable, reproable, deseable, etc.

Sería imposible despojar al hombre de su ámbito social, puesto que aún su interioridad pertenece, aunque de manera obligada a la estructura externa llamada sociedad.

Y sin embargo, el rechazo al mundo social es inminente, Kierkegaard rechaza el sistema económico porque éste somete al sujeto y solo beneficia realmente a la clase burguesa capitalista.

El asunto del que no podemos dejar de hablar, es precisamente el que no permite al hombre de clase proletaria tener una visión interior y rechazar tal como Kierkegaard lo propuso, el sistema económico que lo somete.

Este asunto que hoy en día sigue oponiendo la más fuerte resistencia, es la necesidad de acatar las imposiciones de sistema económico y social prevaleciente, puesto que solo se podría despreciar con tal tranquilidad, cuando se cuenta con una posición que lo permita, como lo veremos más adelante.

Kierkegaard padeció esta necesaria pertenencia, padeció la esfera social, ya que su filosofía se muestra como una incansable búsqueda de un camino ajeno a la sociedad, una vida independiente que no tuviera que rendir cuentas, y que al contrario llegara al glorioso momento de encontrarse con dios. Pero también un dios independiente, un dios no objetivizado, como el que la iglesia establecida propone, un dios que a cada individuo se le presente particularmente.

Este encuentro con dios igualmente fue el encuentro con un dios alejado del protocolo, de lo sistemático, de la verdadera vida cristiana que Kierkegaard tanto opuso al cristianismo establecido, porque una vida verdaderamente cristiana precisamente se opone a las imposiciones y contradicciones que Kierkegaard encontró en la iglesia, en la clase privilegiada de la iglesia, que nunca siguió verdaderamente los pasos de Cristo, antes bien, se mostró contrario a él.

Un cristianismo auténtico, que se presenta rebelde, inconforme, en búsqueda, y no al contrario, como proponía la iglesia cristiana que se presenta disciplinada, conforme, sistematizada, dictadora y establecida.

Kierkegaard responde y se rebela, y en la cúspide de las aspiraciones del individuo pone a Dios, pone la entrega completa del hombre a una vida religiosa, completamente en otro camino, en otra realidad, que no es la realidad objetiva, que no es el espíritu absoluto de Hegel, porque no encuentra cabida donde no admiten la subjetividad.

El hombre religioso que Kierkegaard defiende, es el hombre completamente subjetivo, interiorizado, el que –aunque Kierkegaard sostuvo que no pretendía la aprobación de nadie- demostrara a la sociedad que no necesita de su existencia para lograr esta mayor aspiración.

Y sin embargo Kierkegaard tuvo que aprender a vivir contra la corriente, y encontrar su lugar aislado, en donde no tuviera que formar parte del sistema que tanto criticó. Donde no tuviera que seguir el juego de la economía, ni el juego de la iglesia establecida. Pero aún así, inmerso en él, en el sistema, en la sociedad, porque la vida privada aparece a partir de esta estructura social, es parte de ella, no se concibe sin ella. Es como la dialéctica hegeliana, donde de una tesis debe surgir necesariamente su antítesis. Así, la interioridad, requiere para existir, de la exterioridad. El hombre interior kierkegaardiano aparece a partir de la sociedad que lo vio nacer, y se alimenta de ella, se harta de ella, ve la posibilidad de realizarse solo en la medida en que no se realiza a los ojos de la sociedad. Su éxito constituye su fracaso social, su inadaptabilidad social constituye la coherencia entre su filosofía y su vida.

El hombre solitario, el individuo que propone Kierkegaard no puede ser más que el hombre rebelde, el perseguido, el rechazado, tal como hoy en día aparece el filósofo ante los ojos del hombre común de nuestras sociedades.

Y a partir de eso llegamos a nuestra principal inquietud, la que enmarca el título de este trabajo, “La Posibilidad del Individuo Kierkegaardiano en Nuestras Sociedades Modernas”, ¿es posible lograr un punto medio en el que al individuo le sea posible subsistir, sin vivir en plena batalla campal contra la sociedad?

Kierkegaard obviamente respondería que para él no existen los puntos medios, que se elige vivir en determinada esfera o no, se realiza el salto o no se realiza.

Sin embargo, intentamos retomar la filosofía kierkegaardiana en el plano práctico, en el plano de la vida del hombre común de nuestras sociedades.

Intentamos vislumbrar la vida del hombre común con un poco de sentido, pero no el sentido vanal al que estamos tan acostumbrados a vivir, que ni siquiera nos damos cuenta de tal, más bien un sentido más humano, en el que los valores éticos o religiosos sean más importantes que los valores estéticos. Este hombre común en nuestras sociedades modernas, evidentemente no pretende, ni siquiera como un sueño lejano, modificar su manera de vivir, y muy posiblemente, muy seguramente, porque sus circunstancias, las circunstancias en que lo ha envuelto desde su nacimiento el sistema que lo vio nacer, lo mantienen cerrado de ojos, atado de manos, con una constante necesidad de buscar el sustento, de encontrarlo y luego buscar más, más, más, más.

Pero no pensamos que Kierkegaard, ni los demás filósofos sean súper hombres, algo así como un fenómeno humano que no requería solventar las más apremiantes necesidades fisiológicas y hasta sociales para poder continuar viviendo, para poder continuar creando estas obras filosóficas tan importantes hoy en día. Pensamos también que Kierkegaard, como el ser humano que fue, antes que individuo (antes cronológicamente hablando), fue vulnerable a los deseos, necesidades y vicios que el mundo exterior ofrece siempre al hombre. Pero esta vulnerabilidad, como ha ocurrido con tantos y tantos filósofos, (solo hablamos de tantos, más no de todos), se ha aminorado en la medida que contaron con una posición privilegiada, primero en el ámbito económico, luego el cultural, y posiblemente el social.

Kierkegaard no tenía necesidades económicas que lo obligaran a formar parte de una empresa capitalista. Kierkegaard contaba con una posición económica tan solvente que le permitió alejarse y permanecer al margen cultivando un particular modo de vivir autónomo, así como un punto de vista tan original como rebelde. Porque ¿quién se atrevería, cuando la necesidad económica y social están de por medio, a tirar piedras contra el amo y de frente a él? Kierkegaard en su posición económica privilegiada podía tirar la piedra de su desprecio a las instituciones que tal sistema hizo nacer.

“ Es el típico hombre de vida privada de la primera mitad del siglo XIX. Dentro de ciertos límites no excesivos, es económicamente independiente – más independiente que el poseedor de igual capital en épocas de mayor capitalismo, donde un patrimonio de igual dimensión habría perdido toda autonomía en razón de la concentración del capital financiero y de su sistema de distribución en acciones. Pero simultáneamente, en su calidad de “rentista”, está enteramente excluído de la producción económica; no puede acumular nada, o, en todo caso, incomparablemente menos de un industrial con igual patrimonio básico; le es imposible, también, hacer más activo su trabajo intelectual, como “escritor” solitario...La exclusión de la producción económica, a cuyos “accidentes” permanece sujeto, produce en Kierkegaard las características que hoy estimaríamos propias del “pequeño burgués” ”. ¹²

Y aunque parece ser que no es el caso al hacer un estudio de determinada filosofía, remitirnos a su vida para evaluar la coherencia de sus postulados filosóficos, en el caso Kierkegaardiano donde su vida, como ya sabemos, ejemplifica su obra y viceversa, resulta indispensable mencionar esta situación privilegiada que le permitió tener un punto de vista por encima de las instituciones, y también mencionar que cuando obtuvo el favor de ellas, cuando requirió un empleo y lo solicitó a Mynster (de quien recibió también gran influencia religiosa, por medio de su padre, ya que éste último siempre

¹² Theodor W. Adorno, “Kierkegaard”, Monte Avila Editores, 1966, pp 84, 85.

recitó a Kierkegaard los sermones de tal obispo, su confesor), tuvo a bien mantener fuera de su ataque a tal persona.

Como vemos, sin necesidad de sumergirse en el sistema económico, sin necesidad de vender su trabajo a cambio de la subsistencia, Kierkegaard parte de un punto de vista privilegiado que le permite ver por encima de la totalidad, y así encontrarse en las condiciones de odiar, desdeñar, atacar y despreciar el sistema social y económico. Mientras tanto, el hombre inmerso

en las disposiciones que la estructura económica lo han obligado a seguir, no puede compartir este punto de vista, cuando la pertenencia al sistema no se le presenta de ninguna manera como una elección, cuando no se puede tornar libre, puesto que todas sus energías, toda su vida están direccionadas de antemano a cumplir con un puesto, con una conducta y con un modelo de vida que es el “adecuado” para que todo funcione correctamente. ¿Cómo podría un hombre común ser libre, si ni siquiera se le ha presentado en ningún momento tal posibilidad”

Es decir, un hombre común nace y es educado bajo los estándares del sistema, y antes de que pueda darse cuenta, ya está encausado a desarrollar aquellas aptitudes que sean más productivas, o aquellas que le permitan encuadrar correctamente en la sociedad, no convertirse en una persona improductiva, innecesaria, que resulte una carga para ésta.

Un hombre común se encuentra ya predestinado, y dentro de su destino encuentra la justificación. El hombre común no ve motivo, ni lugar alguno al cambio, el hombre común evidentemente no ha llegado a la desesperación, al hastío, no se ha encontrado frente a la angustia, y es que seguramente aunque lograra cualquiera de estas situaciones, no las entendería, o en el mejor de los casos, permanecería en la desesperación, dada su necesidad de seguir perteneciendo al sistema, sobre todo al económico, puesto que; a diferencia de Kierkegaard, quien nunca encontró cabida en la sociedad; el hombre común siempre ha buscado y ha encontrado un lugar, por incómodo o cómodo que se le presente en la sociedad. Siempre ha ocupado un lugar, sea éste aproximado, alejado, cercano, o apegado a lo que de él se espera, a lo que se le ha marcado como su destino, producir, acumular, subsistir, mantenerse, mantenerse, mantenerse.

El hombre común no solo ha encontrado de manera casual un lugar en la sociedad, ha encontrado tal lugar porque lo ha encontrado vitalmente necesario, porque no se le presenta como una elección, sino como una imposición de vida.

“El espíritu, domesticado —o, como hoy suele decirse, “integrado”—, separado del potencial mismo que permitiría su realización, se ha convertido en un bien cultural y, finalmente, en una mercancía, habiendo descendido a una pura contingencia.” ¹³

Si el hombre ya nace despojado, ¿cómo podría encontrar necesario el bien, el cual nunca fue de su posesión?, ¿cómo podría extrañar aquella parte de sí que nunca formó parte de su vida?

Kierkegaard no abandonó la esperanza, para él siempre existió la posibilidad de que el hombre se diera cuenta de su individualidad, de su interioridad, Kierkegaard no quería conformarse y aunque su posición siempre fuera en contra, no cesó de blasfemar en contra de la iglesia establecida, no cesó de lanzar sus severas críticas a la sociedad que falsamente se creía cobijar a todos los hombres. Kierkegaard no dejó de causar escándalo, no se preocupó por la reacción de las masas, antes bien, decidió pensar en los individuos, por los hombres.

Llegamos a la conclusión de que la interioridad no es una condición abstracta, arbitraria, creada por un filósofo que no puso los pies sobre la tierra, que no vivió para poder hablar de la vida, llegamos a la conclusión de que esta interioridad kierkegaardiana existe, y realmente es, si no atormentadora, es incómoda, crea una sensación de descontento constante,

¹³ Theodor W. Adorno, “Kierkegaard”, Monte Avila Editores, 1966, pag. 278

de decepción ante las inhumanas condiciones a las que el hombre ha llegado. Llegamos a la conclusión de que el hombre ha desviado su camino, de que está muy lejos del anhelo kierkegaardiano, de que la interioridad del hombre cada vez está más sumergida, cada vez más difícil de hallar, cada vez menos deseada. Llegamos a la conclusión de que la exterioridad, como una hiedra venenosa, extiende sus ramas cada vez más sometiendo fuertemente la voluntad del hombre, convirtiéndose en una realidad, en nuestra realidad hoy en día.

El mundo interior existe, en algún lugar de nuestros pensamientos, en algún lugar de nuestras reflexiones debe encontrarse, debe salir a la luz, el hombre de hoy en día seguirá viviendo acorde a lo que la sociedad le exige, pero muy dentro de sí mismo se sabrá hombre, no bestia, se sabrá individuo, no masa, y entenderá de una vez por todas que su transitar por este mundo tiene un sentido, y que en realidad, cuando el hombre es libre en su interioridad, nunca podrá ser presa del mundo que pretende desdibujarlo.

“Para Kierkegaard no es posible ninguna amistad con el mundo, puesto que esa amistad, al asentir con el mundo tal como es, lleva a eternizar el mal e impide que llegue a ser lo que debiera ser amado”

14 Theodor W. Adorno, “Kierkegaard”, Monte Avila Editores, 1966, pag. 280, 281.

CONCLUSIÓN.

Hegel ve al final de la historia del hombre, cómo éste llega a evolucionar de estar inmerso en lo mítico y esclavizado a la naturaleza, logra por fin llegar a los estadios más altos de su inteligencia, donde nada más falta que el hombre ordene mejor sus estructuras económicas, políticas y sociales, avanzar en las ciencias y demás dominios del espíritu.

Evidentemente que el progreso ha logrado que el hombre domine la naturaleza a tal punto que ya no se encuentra esclavizado a ella para sobrevivir, (pero si podríamos decir tristemente, que ahora la naturaleza se ha volcado sobre el hombre, cobrándose este dominio desmesurado y haciéndole ver que su inteligencia no le bastará ahora para dominar su furia), pero de ahí a que este progreso deje pendiente nada más al hombre ordenar sus estructuras, sus sistemas, es un gravísimo error de apreciación.

El hombre nunca encontrará por fin, la culminación de su historia, ni mucho menos la culminación de sus aspiraciones. Se ha dicho que el hombre es un ser de necesidades, porque nunca las encuentra satisfechas todas, siempre está en búsqueda de algo más. Lo importante aquí, y acorde con la filosofía Kierkegaardiana, es que una vez que el hombre se encuentra bien ubicado en el camino, logre visualizar que necesita continuar conociéndose a sí mismo, identificarse como lo que es, como el individuo que es, darse cuenta de sus virtudes, de sus defectos, de sus logros y de sus desventuras, apreciarse en su justo tamaño y dimensión, porque solo a partir del conocimiento de sí mismo podrá aspirar al paso siguiente, al que lo transforme en un individuo cada vez más completo, más pleno, más cerca de la espiritualidad.

Las estructuras económicas, políticas y sociales, obviamente requieren que el hombre las transforme, requieren ser constituídas por el hombre, pero para que esas estructuras realmente respondan a la necesidad por la que fueron creadas: convertir la vida del hombre en este planeta en una vida mucho más digna de ser vivida, es decir, donde la espiritualidad del hombre someta estas estructuras en aras de su crecimiento constante, para que eso suceda, deben estar conformadas por individuos, no por hombres sin identidad propia, más bien por individuos con aspiraciones propias, concientes de sus deficiencias, concientes de cuál es el camino que deben seguir para alcanzar su objetivo individual, personal, el que los haga estar más cerca de la felicidad.

